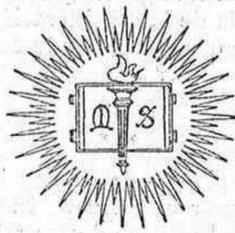


Ilustración

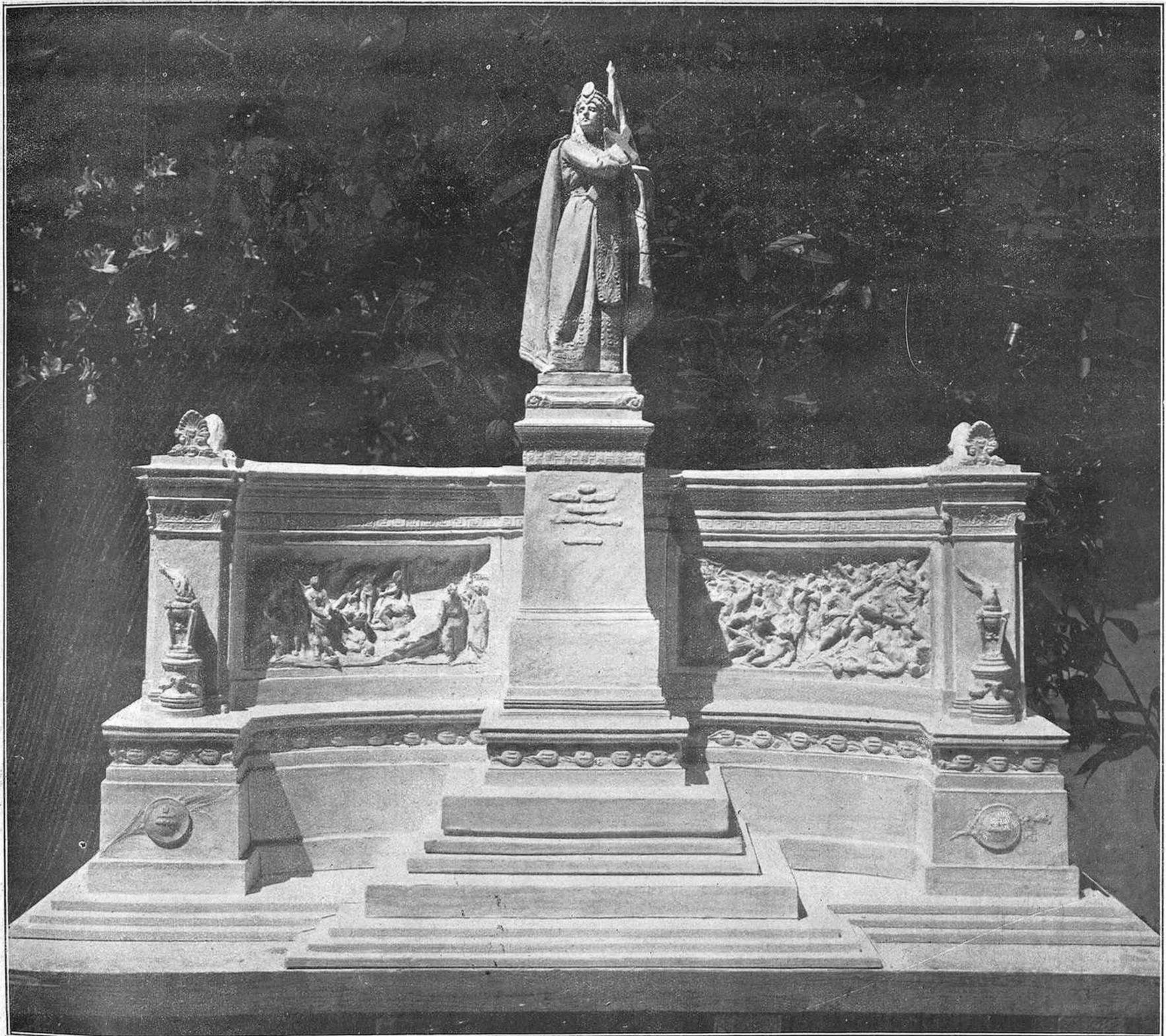


Artística

Año XXXIII

BARCELONA 30 DE MARZO DE 1914

Núm. 1.683



MONUMENTO A LOS MÁRTIRES DE OTRANTO, obra de Bortone

(De fotografía remitida por G. Romieux.)

En el año 1480, el sultán Mahómet II concibió el proyecto audaz de conquistar Roma, y los buques que conducían su ejército se presentaron frente a Otranto intimando a los habitantes que le abriesen las puertas de la ciudad.

Los otrantinos rechazaron la intimación y entonces comenzó el sitio de la plaza, que a los catorce días fué asaltada y tomada por los musulmanes, quienes entraron pasando por encima de los cadáveres de sus defensores. Los sobrevivientes, que eran unos 800, puestos por los vencedores en la alternativa de hacerse musulmanes o ser decapitados, prefirieron la muerte.

A la memoria de aquellos mártires se erigirá muy pronto en Otranto, a la orilla del mar, el monumento que adjunto reproducimos y que es debido al notable escultor italiano Bortone. La figura principal que se alza en el centro del mismo personifica la ciudad de Otranto abrazada a la bandera y a la cruz que tan heroicamente supo defender. Los escudos decorativos que corren a lo largo del monumento contienen los nombres de algunas víctimas, entre otros el del obispo de Otranto. De los dos relieves, uno representa un episodio guerrero y el otro la decapitación de los 800 mártires de la Fe.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer tomo de la serie correspondiente al presente año, que es la preciosa novela de la célebre escritora Eugenia Marlitt titulada

LA ABUELA (LA CASA SCHILLING)

traducida directamente del alemán e ilustrada con numerosos dibujos de Guillermo Claudius.

SUMARIO

Texto. — *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Un capricho*, cuento de Arnaldo de Laporte. — *Vicente Carreres*. — *Madrid. «El destino manda»*. — *Madrid. «El tango argentino»*. — *Antonio Salandra*. — *Federico Mistral. Barcelona. Inauguración de la Escuela militar*. — *El profesor José Mercalli*. — *Monumento a Rosalía Castro*. — *París. La Mi-Careme*. — *Ambrosina* (novela ilustrada; continuación). — *París. La tragedia de «Le Figaro»*. — *Badalona. Homenaje al eminente actor Enrique Borrás*. — *Roma. La estatua del dios Adad*.

Grabados. — *Monumento a los mártires de Otranto*, obra de Bostone. — Dibujo de Opisso, que ilustra *Un capricho*. — *Vicente Carreres y varios dibujos suyos*. — *Notas de Madrid*. — *Antonio Salandra*. — *Lámina a la memoria de Mistral*. — *Jesús predicando en el mar*, cuadro de Federico de Uhde. — *Notas de Barcelona y París*. — *José Mercalli*. — *Monumento a Rosalía de Castro*, obra de I. de Benito y de F. Clivellés. — *Asesinato de Calmette* (cuatro fotografías). — *Badalona. Homenaje a Enrique Borrás*. — *Roma. Pozo del santuario sirio del Janículo y estatua del dios Adad*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Continúa hablándose, y con no poca ni injustificada indignación, del caso Maragall. Por Unamuno, el gran amigo del difunto, vino a saberse el hecho, verdaderamente deplorable, de no haberse vendido fuera de Cataluña más que dos o tres ejemplares de las *Obras* de nuestro escritor.

Si los libros de Maragall no interesan a los demás españoles, ¿quién conseguirá despertar su atención escribiendo desde Barcelona? Porque no pueden invocarse esta vez razón alguna de recelo patriótico ni el prejuicio que acompaña a las celebridades de campanario. Maragall fué, en todos aspectos, un patriota sin tacha, en el sentido catalán y en el español puro. Poseía uno de aquellos altos espíritus que saben resolver en unidad suprema las antinomias de la vida: un espíritu regio, equidistante, propio para comprender y abarcar y fundir las aparentes incoherencias o antagonismos de los hombres y de los pueblos.

Era, además, un portentoso escritor y poeta, no ya con relación a ninguna patria «chica» ni «grande», sino en absoluto. ¿Quién puede negarlo? ¿Es que abundan mucho las personalidades de su fuste entre nuestros contemporáneos, sea cual sea el país o la literatura en que las buscamos? Acaso la prevención contra el idioma local... Pero, ¿no fué castellana una grandísima parte de su obra, casi toda su labor de publicista propiamente dicho? ¿Dejó de interesarse por los grandes problemas españoles? ¿Cerró los ojos a lo universal, a lo humano, a lo eterno? Yo no atino a encontrar un ejemplo de mayor elevación ni pureza.

Pues, entonces, ¿cómo explicar el desaire? Por la incuria, por la simple incuria del país y de sus clases directoras. Por la pereza mental que, cuando es vencida alguna vez, sólo nos permite ir de lo conocido a lo conocido, movernos dentro del círculo vicioso. Para la generalidad de los lectores no existe más realidad española que la reflejada en tres o cuatro periódicos de Madrid. Yo no sé cómo se las hubiera arreglado en nuestro tiempo Feijóo para promover, como en la primera mitad del siglo XVIII, una revolución ideológica desde la celda de un convento ovetense. A buen seguro que los numerosos volúmenes del *Teatro crítico* y de las *Cartas* hubieran corrido una suerte parecida a las *Obras*, de Maragall, quedando en puro monólogo diez leguas más allá de la ciudad nativa.

Y es que existen instituciones, como la prensa, que, si de un lado, parecían destinadas a acabar con la comunicación, de otro pueden levantar entre dos territorios un muro efectivo. Había de resultar sumamente interesante en España — y digo en España para no hablar más que de lo conocido por nosotros — una revisión de los errores o de las omisiones de la prensa en tal o cual período: diez, treinta, cincuenta años. Semejante estudio podría tener algo de ejemplar y acaso contribuiría a una saludable rectificación de conductas. Contrastar los valores creados por el periódico con lo que han respetado después la historia o la posteridad; señalar el silencio que se guardó acerca de determinadas apariciones que ahora nos parecen hechos importantes y aun asombrosos; someter a balance y a juicio de residencia ese poder incontrastable de publicidad no había de ser tiempo perdido.

Entre esas omisiones y exclusiones más o menos involuntarias figuraría la de la obra de Maragall, destacando al lado de glorificaciones y encumbramientos incomprensibles. ¿No fué algo así la historia de Cervantes en su tiempo? Claro que se habló de él; claro que se le tuvo por un entretenido autor de burles, que hacía reír a la gente. ¿Pero qué puesto ocupaba en la escala de la consideración pública y qué puesto es el que ocupa ahora y le corresponderá por los siglos de los siglos?

* *

Mientras el episodio de que acabo de ocuparme ha venido a causar una decepción a los que creían más adelantado el proceso de las relaciones intelectuales entre Cataluña y el resto de España, Barcelona da muestras de una reacción españolista en el aspecto en que ese españolismo se presenta como menos recomendable: los toros.

Para la inauguración de la temporada, con Belmonte (*el fenómeno*) y uno de los *Gallos*, la doble cola de aficionados que se acercaban a la taquilla del Teatro Principal empezaba de un lado en la calle del Conde del Asalto y de otro en la iglesia de Santa Mónica. Y eso dos días antes de la función. Cuando, para cumplir el precepto del Reglamento que prescribe no despachar todas las entradas antes del día de la corrida, se dió orden de cerrar la taquilla, la protesta de los compradores que aguardaban su turno revistió caracteres de motín. La policía tuvo que cargar, ni más ni menos que si se tratara de una nueva incidencia de los problemas sociales modernos o de la salida de un mitin agitado.

No faltó forastero que, sorprendido por las carreras, preguntase de qué se trataba, y al saber que del descender de los aficionados a los toros por temor a quedarse sin entrada, se resistiese a dar crédito a lo que oía. Si a esto se añade la construcción de una nueva plaza en Barcelona y que con ella serán tres las que posea la ciudad condal, número no igualado por ninguna otra población del reino, quedará justificada la alarma con que no pocos catalanes austeros y a la antigua ven ese retorno de la afición en una capital que, de hecho, andaba a la cabeza del abolicionismo.

La recrudescencia del furor taurino, de dos o tres años a esta parte, es general en toda España. Se ha vuelto a enseñorear del público, de la prensa, de las costumbres, del mismo lenguaje. Acaso sería posible establecer cierta constante relación entre el auge del toro y el decaimiento de otros entusiasmos o preocupaciones nacionales más serias. Mejor dicho: acaso pudiéramos ver en ese incremento un signo de que la nación abandona otros derroteros y deja de concentrar su atención en empresas y cuidados de más enjundia.

Un período de fuerte exaltación política, la vibración por un ideal de patriotismo y de cultura, se traducen también en un período de decadencia para el espectáculo y, si no de decadencia en cuanto al hecho, de olvido y obscuridad al menos en su comentario público y en su avasalladora tiranía. Porque el mal de los toros no tanto está en la misma fiesta como en su trascendencia social y en el tono o color que imprime a la vida española, comunicándole el carácter dominante de lo que llamé, hace tiempo, «civilización taurina».

Los toros, venía a decir, presiden a la civilización española como la apoteosis a la opereta. Sus colores tómanlos de la bandera; sus emblemas figuran en todas las alegorías nacionales, llenan los carteles, embadurnan las fachadas, chillan en los periódicos y libros de quiosco, constituyen aquella nota diferencial que persiste en la memoria y en la retina del viajero cuando se reconcentra y cierra los ojos, al trasponer la frontera saliendo del país.

De cuantos aspectos fustiga el propagandista Noel como secuela del espectáculo, ninguno tan interesante, tan deplorable, tan depresivo como éste. El recuerdo de los toros va inseparablemente unido, fisiológicamente unido al recuerdo de España. Cada pueblo posee una institución, una costumbre o una aptitud, tipo o resumen de sus destinos o de su idiosincrasia: Francia, el imperio de la moda; Inglaterra, el espíritu naval; Alemania, la organización militarista; Italia, la sugestión de la melodía. Cuando se leen o pronuncian esos nombres, el lector o el oyente personifican su contenido en figuras más o menos grotescas y caricaturadas: en forma de *demi-mondaine*, de Robinsón, de casco prusiano, de tenorino... Cuando se evoca el nombre de España, surge por fuerza en la imaginación, como substráctum de aquélla, la figura del torador, analfabeto, hablando su caló o germanía, agasajado por magnates, secretamente protegido por duquesas.

Un país de rica contextura, con una fuerte ecnomía, un gran adelanto industrial, una ciencia fecunda, un arte y unas letras vigorosas, pueden sufrir y sufrir sin grandes riesgos ni perjuicios la lepra de una de esas aficiones subalternas y groseras. Ella se absorbe como una mancha de poca intensidad en el brillo de los demás órdenes y componentes de su existencia. Pero en un país débil, decaído, que lucha penosamente para incorporarse a la vanguardia de la cultura; que todo lo tiene en forma incipiente y a medio hacer, esa afición destaca sobre todo y se sobrepone al resto como si fuera el eje o el centro de gravitación para la raza. En este sentido, pues, no guarda paridad con el boxeo ni con otros deportes brutales a que suele comparársela con ánimo de defenderla; no porque esos deportes sean más disculpables en sí mismos, sino porque no deforman toda una civilización ni modelan a todo un pueblo.

¿Que los toros gustan mucho a los extranjeros y, si se les dejara en libertad, acabarían por adoptarlos con más vehemencia que los mismos españoles? Nada más cierto. Nada más cierto, también, que gustarían de igual modo o en mayor escala los espectáculos del circo romano si se dejara que el sadismo latente en las entrañas de la humanidad campara por sus respetos. El dolor y la sangre tienen una terrible potencia y brindan una embriaguez en extremo grata a las muchedumbres. Y si no existiese en las inteligencias directoras, en los espíritus elevados que vienen a representar la conciencia de cada pueblo, un freno contra los instintos de la animalidad; si los dictados de la razón no se sobrepusieran a los ímpetus del temperamento o a los hervores de la sangre, ninguna sociedad o grupo de hombres hubiera salido de su barbarie ni podría mantenerse en la civilización penosamente conquistada...

Y valga la digresión a que nos ha conducido el furor taurófilo de Barcelona al cual, por lo demás, no hay que conceder una importancia exagerada, pues seguramente tiene no poco de circunstancial y pasajero. Hay flujos y reflujos en las multitudes. Hay cansancios y cambios de postura. Ninguna moda es abandonada definitivamente y todas rebrotan de vez en cuando con más o menos lozanía. Una plaza nueva, unos diestros nuevos, una escuela no conocida en los anales de la habilidad bastan a despertar las añejas curiosidades olvidadas. Sobre todo cuando se trata de fenómenos como Belmonte, del cual dicen que ha dicho *Guerrita*, el gran Rafael, con su sentenciosidad acostumbrada:

— Los que quieran verlo que se apresuren...

* *

Dos publicaciones interesantes: las *Obras*, de Juan Sardá, homenaje póstumo a uno de los más penetrantes escritores de la pasada generación catalana, el que se distinguió por haber conservado — como *Clarín* — una tradición de espiritualidad, de inquietud, en medio del árido positivismo y del arte naturalista en los años de Zola, y la *Antología de poetas catalanes modernos*, que acaba de compilar Alejandro Plana, crítico sereno, artista, bien preparado, bien orientado.

Las *Obras*, de Sardá, constan de tres volúmenes: dos de trabajos en castellano y uno de escritos catalanes, entre ellos una porción de traducciones de Horacio inéditas hasta hoy. Tres prólogos, uno para cada tomo, estudian la curiosa personalidad de aquel escritor: la semblanza que le dedicó Maragall; un artículo biográfico de Roca y Roca, que con gran cariño ha ordenado y dirigido la colección; y un estudio del Sr. Lluhí y Rissech, tratando especialmente de la personalidad jurídica de Sardá, de sus aspectos de pensador, político y sociólogo.

La *Antología*, de Alejandro Plana, es un resumen de la poesía catalana de los últimos tiempos, entendiéndose por tales los que se señalan por la aparición de Maragall. Figuran en la colección algunos poetas anteriores en cierto modo al autor de *Nausicaa*; Costa y Llobera, Alcover. Pero la intención de Plana es más espiritual que estrictamente cronológica y ha hecho bien en incluir esos y otros maestros que representan influencia viva y participación de actualidad constante, no meramente histórica en la poesía catalana de hoy. Un hermoso estudio preliminar sobre las tendencias de esa poesía y su enlace con las corrientes universales del gusto; unas breves y en general muy sintéticas y felices notas sobre cada uno de los autores; un acierto no menos feliz en la elección de las piezas más representativas de cada autor hacen de ese volumen un trabajo utilísimo y de mérito, que las letras patrias y los lectores selectos han de agradecer al compilador.

MIGUEL S. OLIVER.

UN CAPRICHIO, CUENTO DE ARNALDO DE LAPORTE, dibujo de Opisso



... nada decía y permanecía inmóvil en su admiración extática

— ¡Mira!, díjome de pronto mi prima Elena, siguiendo con la mirada el vuelo de un aeroplano. ¡Mira, por allí va otro!

Al oír estas palabras, levanté la cabeza.

Un magnífico biplano evolucionaba soberbiamente encima de nosotros.

— ¡Y pensar que está a la merced de un vulgar accidente!, murmuré en voz baja. El más pequeño remolino de aire, una *panne* del motor, pueden determinar su caída y destruir, sin remisión, su impulso sublime, rompiendo para siempre las alas de su ensueño.

En aquel mismo instante, un ruido de ruedas a nuestra espalda nos hizo desviar la mirada del aparato que seguía moviéndose en el aire.

Un oficial aviador, herido el año último a consecuencia de una caída espantosa y condenado a eterna invalidez, maniobraba con los brazos, que conservaba útiles, la palanca que hacía avanzar su sillón de ruedas.

A su lado caminaba una señora muy joven.

Al pasar cerca de nosotros, los dos saludaron con una ligera inclinación de cabeza, y la señora dirigió a mi prima una sonrisa tan triste, que no pude reprimir un movimiento de sorpresa y de interrogación.

— ¿Qué, no la conoces?, preguntóme entonces mi prima Elena.

Y al contestarle yo negativamente, prosiguió diciendo:

— Su historia es una verdadera novela; y Juana, esa señora joven que acompaña a ese herido, ha dado pruebas de una abnegación sin igual. Es un alma escogida..., un gran corazón. Tú mismo vas a juzgar.

Y me refirió lo siguiente:

Cuando Juana conoció a Santiago Dorsel, hacía poco que éste había sido nombrado teniente.

De porte elegante, de conversación encantadora, maestro consumado en el manejo de la raqueta, distinguióse en seguida entre los demás jugadores y muy pronto no hubo partida de tennis a la que no fuese invitado, siendo el concurrente asiduo a todas las reuniones.

Forzosamente había de nacer una estrecha amistad entre ambos jóvenes.

En los ratos de descanso, los dos conversaban sentados a la sombra de un castaño y apartados de los demás grupos de jugadores.

Una tarde en que, siendo ya novios, descansaban de una partida muy disputada, pasó por encima de sus cabezas un aeroplano.

— ¡Oh, Santiago!, exclamó su compañera como transfigurada a la vista de aquel ave mecánica. ¡Mire usted cuán hermoso es!. ¡Qué ilusión poder volar así, atravesando el espacio a su antojo, sin ningún obstáculo!.

El oficial, sin contestar, asentía con la cabeza, atraído él también por las grandes alas blancas que desaparecían ya en la inmensidad de la bóveda celeste.

— ¡Sí, qué hermoso!, exclamó al fin como ensimismado.

Muchas tardes seguidas fué el aviador a evolucionar sobre los sitios en donde ellos estaban como para tentarlos.

Juana, absolutamente dominada por su idea fija, se exaltaba, dejando libre curso a su imaginación de joven mimada, y al oír el ruido del motor, su rostro, embriagado por la emoción, tomaba una expresión de éxtasis.

— Conque quedamos conformes, Santiago, díjole un día; vas a dedicarte a la aviación y cuando seas aviador, vendrás por mí, para llevarme en tus alas, y juntos haremos por los aires nuestro viaje de bodas.

* *

Aunque la idea le sonreía, el teniente no se atrevía a tomar una resolución; pero su vacilación no duró mucho tiempo.

En el corazón de un enamorado, la razón ejerce muy poco imperio; así es que algunas semanas después Santiago obtuvo el diploma de piloto.

Sus comienzos fueron magníficos; fundábanse en él las mayores esperanzas y su carrera anunciábase bajo los más brillantes auspicios.

Siempre que el tiempo se lo permitía, pasaba triunfalmente, en pleno vuelo, por encima de los balcones de Juana; y ésta, radiante de satisfacción, asomábase y agitaba su pañuelo, dirigiendo así a su amado novio un saludo, y expresando de este modo su agradecimiento al que exponía su vida sólo por satisfacer su capricho.

Un día, Santiago fué designado para tomar parte en una prueba importante cuya salida debía efectuarse en el aeródromo de Buc.

Era una semana antes de su casamiento.

Instalada en una tribuna al lado de su madre, sentíase Juana aquel día verdaderamente dichosa.

Un alegre sol de primavera brillaba al través de los árboles, filtrando sus claros rayos por entre las ramas revestidas de sus primeras hojas.

El tiempo era benigno y reinaba en la atmósfera una apacible calma.

Las mariposas se perseguían en busca de flores y los grandes abejorros, repletos de polen, revoloteaban lentamente al regresar a sus nidos.

En medio de un grupo de oficiales aviadores, Juana había reconocido a su novio y no le quitaba los ojos de encima, siguiendo con ansiedad febril todos sus movimientos.

Sentíase realmente orgullosa.

De pronto roncó un motor y el monoplano de Santiago elevóse gracioso y ligero, entre las aclamaciones del público.

Juana, cual si estuviese fascinada por las alas del gran pájaro que evolucionaba delante de sus maravillados ojos, nada decía y permanecía inmóvil en su admiración extática.

Pero de repente, un grito prolongado se escapó de todos los pechos, repercutiendo en el valle como un eco fúnebre.

El aparato se balanceaba espantosamente y su hélice no se movía.

Un movimiento terrible de rotación provocó un alarido inmenso: el aeroplano acababa de inclinarse hacia el suelo.

El descenso fué horrible, vertiginoso.

Más blanca que un cadáver, Juana cerró los ojos para no ver, y únicamente su pecho sintió un gran

choque y sus oídos percibieron el ruido de la caída; pero una vez pasado el primer movimiento de emoción, tuvo la fuerza de sobreponerse a su dolor y, segura de sí misma, dueña de sus nervios, encaminó sola a la ambulancia en donde yacía sin sentido Santiago, tendido, inmóvil, con las ropas despedazadas y cubiertas de barro.

Muy pronto, sin embargo, sus fuerzas la abandonaron y no pudiendo contener su desesperación, rompió a llorar.

El médico tuvo que alejarla de allí para evitarle una crisis nerviosa. Juana se resignó y obedeció al doctor que suavemente la arrastraba; pero al llegar a la puerta pidió que le permitieran ver otra vez al herido y después de haber estampado en la frente de éste un prolongado beso, reunióse, con el alma traspasada de dolor, con su madre, que la esperaba presa de gran ansiedad.

Después de innumerables gestiones, Juana obtuvo el favor de servir de enfermera a su prometido y se instaló en el hospital junto al lecho del enfermo, a quien no abandonó ni un solo instante.

Un día, al ver que el herido abría los ojos, no pudo contener un grito de alegría, y Santiago, que reconoció su voz, volvió hacia ella su cabeza lentamente.

El joven teniente tuvo la dicha de ver alegrada su convalecencia por la sonrisa de la mujer amada.

Pero la suerte se mostró con ellos inexorablemente cruel. Santiago, con las dos piernas rotas, veíase condenado a no poder andar nunca más.

Entonces fué cuando Juana se mostró heroica, sacrificando al inválido su juventud.

Una mañana, entró vestida de novia, en la capilla del hospital, adonde había sido conducido, en unas parihuelas, el pobre Santiago; y allí, en presencia de algunos íntimos, enlazóse silenciosamente, sin ostentación, con aquel que por complacerla había arriesgado su vida. Así pagaba, en su concepto, una deuda sagrada, lanzando como un reto a la fatalidad.

Desde aquel día ni el más pequeño choque ha venido a turbar su existencia; son perfectamente felices, y sus corazones se comprenden y se guardan un agradecimiento mutuo.

¿Qué? ¿Esta historia te hace sonreír? Sí, ya comprendo; en nuestros días el egoísmo y la personali-

dad ahogan los sentimientos más nobles. Pero, créeme, Enrique; el corazón de la mujer es rico en sentimientos. Juana tiene la fuerza suficiente para desa-



El notable dibujante Vicente Carreres, que ha efectuado una importante exposición de algunas de sus obras en el Salón Parés de esta ciudad. (De fotografía.)

fiar el qué dirán, y yo apruebo su conducta y te aseguro que, en su lugar, habría obrado como ella.

VICENTE CARRERES

En el Salón Parés ha expuesto estos últimos días una colección de sus obras el notable dibujante valenciano Vicente Carreres, ya conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por haberse publicado en nuestras páginas muchas producciones suyas.

La exposición es de verdadera importancia y cuantos la visitan reciben de ella la impresión de que se hallan frente a un artista en toda la extensión de la palabra, con personalidad y estilo propios y con un dominio completo de la técnica del dibujo. Dominan en ella los carbones, pero hay también algunas sanguinas y pinturas al pastel; y en todas estas obras, en número de 108, revélase Carreres ante todo como ferviente adorador del natural, que observa y estudia profundamente y que sabe trasladar al papel con un vigor, con una verdad, con una corrección superiores a todo encomio. Todos sus dibujos son prueba de un gran talento; algunos de ellos alcanzan la categoría de verdaderamente geniales.

La figura humana no tiene secretos para el joven artista, que acierta como pocos al reproducir gestos y actitudes y al expresar sentimientos que se reflejan en los rostros y aun en los ademanes. Los contrastes de luz y sombra, casi siempre muy acentuados en sus dibujos, sabe Carreres tratarlos magistralmente. Siente, además, con gran intensidad los asuntos dramáticos y al dar forma a sus emociones lo hace con tanta sinceridad, con tanta fuerza, que se comunican en seguida a los que contemplan sus composiciones de esta clase.

Carreres es un apasionado de su arte y tiene, además, una cualidad que no suele abundar entre los artistas: una modestia grande, que no han logrado destruir ni menguar los éxitos alcanzados en su vida artística. Estos éxitos le sirven a él de acicate para estudiar cada vez con más bríos y avanzar hacia el ideal de la perfección que siempre le obsesiona.

Vicente Carreres es muy joven; cuenta sólo veintitrés años y lleva ya ganadas una primera medalla en la Exposición Nacional de Valencia de 1910, una segunda en la Internacional de Barcelona de 1911 por su *Velada de invierno*, que adquirió el Ayuntamiento, y otra segunda en la de Artes Decorativas e Industrias Artísticas celebrada en Madrid en 1913.



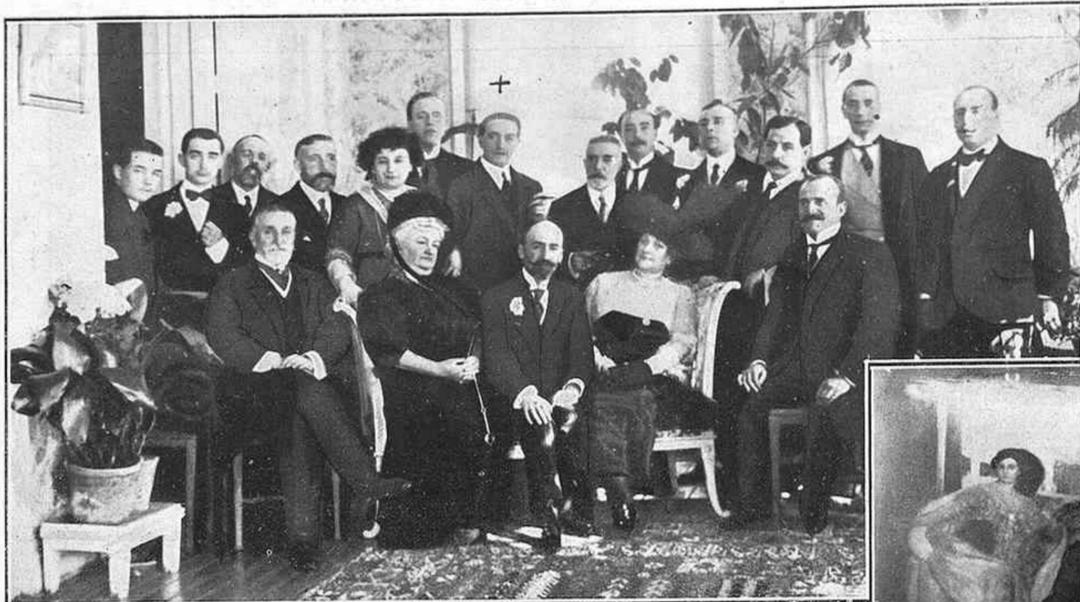
EL VIÁTICO, dibujo al carbón de Vicente Carreres. (Salón Parés.)



LA PLEGARIA DE LAS ALMAS, dibujo al carbón



ARREGLANDO LA GUITARRA, cuadro pintado al pastel



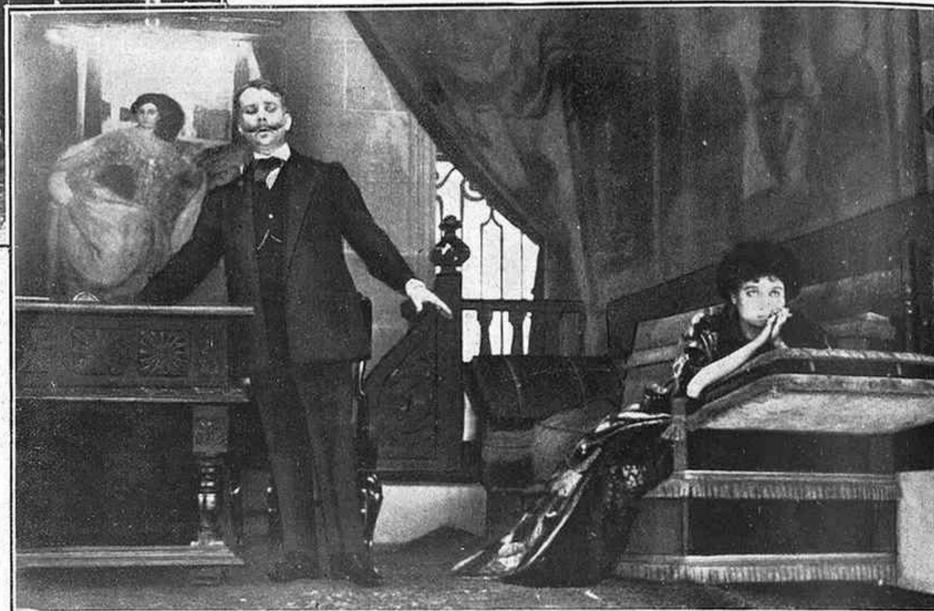
Madrid. - Personalidades que asistieron al banquete ofrecido por los Sres. de Mendoza al dramaturgo francés Pablo Hervieu (×):

MADRID. - «EL DESTINO MANDA»

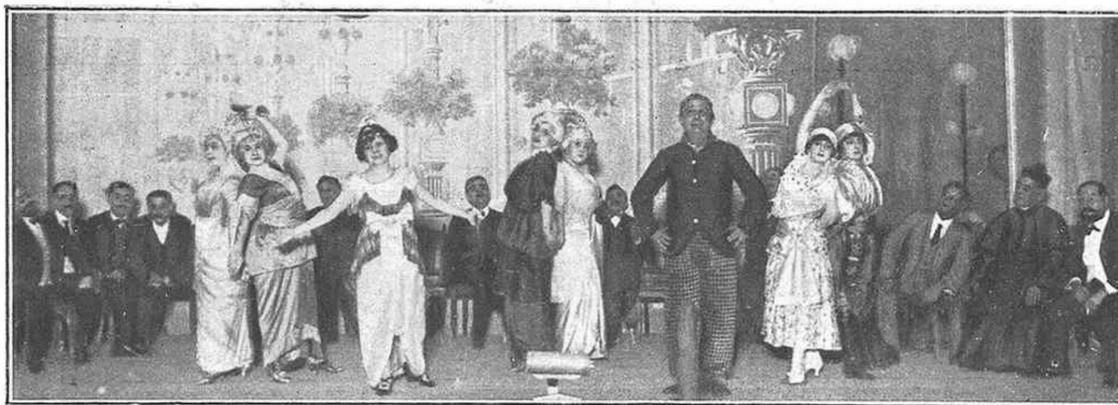
El eminente dramaturgo francés, Pablo Hervieu, queriendo dar una prueba de su admiración a nuestros eminentes actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, escribió expresamente para ellos una comedia en dos actos a fin de que la estrenasen en Madrid, antes de que se representara en París.

La comedia se titula en francés *Le destin est maître* y ha sido traducida al castellano por otro insigne literato, Jacinto Benavente, con el título de *El destino manda*. Su estreno en el Teatro de la Princesa ha sido un éxito para el autor, para el traductor y sobre todo para sus intérpretes, muy especialmente para María Guerrero y para los señores Díaz de Mendoza y Thuillier.

La presentación escénica de la obra ha llamado poderosamente la atención por su riqueza y propiedad; no otra cosa podía esperarse de Fernando Díaz de Mendoza, quien, siguiendo la tradición que va unida a su nombre como



Una escena de «El destino manda», comedia en dos actos de Pablo Hervieu, traducida por J. Benavente y estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa. (Fot. Vidal.)



Madrid. - Una escena de «El tango argentino», zarzuela en un acto letra de los Sres. Larra y Fernández de la Puente, música de los maestros Valverde y Foglietti. (De fotografía de nuestro reportero Vidal.)

director de escena, no ha escatimado medio alguno para que la producción de Hervieu produjese el mejor efecto: decoración, muebles, accesorios, trajes, todo es hermoso, apropiado, del mejor gusto artístico.

Pablo Hervieu ha sido obsequiado durante su estancia en Madrid con muchos agasajos. Entré éstos merece citarse particularmente el almuerzo dado en su honor por los señores de Mendoza y al cual asistieron el embajador de Francia, la duquesa de Montellano, las condesas de Pardo Bazán y de San Luis, el duque de Montellano, el marqués de Valdeiglesias, los condes de Romanones y de San Luis, Jacinto Benavente, Eduardo Marquina, Miguel Ramos Carrión, Antonio Hoyos y Mariano Díaz de Mendoza.

También le han obsequiado con espléndidos banquetes el conde de Romanones, la marquesa viuda de Hoyos y el embajador de Francia. S. M. el Rey D. Alfonso XIII ha honrado al Sr. Hervieu con la gran cruz de Alfonso XII.

MADRID. - «EL TANGO ARGENTINO»

Con muy buen éxito se ha estrenado en el Teatro Cómico la zarzuela en un acto *El tango argentino*, letra de los Sres. Larra y Fernández de Lapuente y música de los maestros Valverde y Foglietti.

Es una obra entretenida y abundante en efectos cómicos, sin chabacanerías ni desatinos, y que hace pasar al público un rato muy agradable.

La música es alegre, juguetona, como toda la que escriben sus autores.

En la ejecución sobresalieron Loreto Prado y Chicote.

ANTONIO SALANDRA

A consecuencia de la aprobación por el grupo parlamentario radical italiano de una orden del día contraria al gobierno, los ministros Sacchi y Credaro, pertenecientes a aquel partido, creyeron desautorizados por sus correligionarios y presentaron su dimisión. El presidente del Consejo Sr. Giolitti declaró entonces que después de una crisis parcial no quería permanecer en el poder y llevó a S. M. la dimisión de todo el Ministerio.

El Rey confió el encargo de formar Ministerio al Sr. Salandra, quien ha logrado constituir un Gabinete de concentración de todas las fuerzas liberales y

que ha sido muy bien recibido por el país: el presidente, Sr. Salandra, es una personalidad política de primer orden perteneciente a la antigua escuela liberal, abierta a todas las aspiraciones de las ideas modernas.

FEDERICO MISTRAL

En su quinta de Maillane ha fallecido el día 25 de este mes el venerable bardo de la Provenza, el poeta excelso Federico Mistral. Su muerte ha llenado de luto no sólo a la región de sus amores y a Francia, su patria grande, sino al mundo entero, porque el nombre del autor de *Mireio* era un nombre glorioso en la literatura universal; en Cata-

luña ha producido un sentimiento de dolor profundísimo ya que Mistral tuvo para ella, para su literatura y para sus poetas los más vivos y sinceros afectos de admiración y simpatía.

Federico Mistral nació en Maillane (Bocas del Ródano) el día 8 de septiembre de 1830, estudió en Avignón y en Montpellier y luego que hubo obtenido el título de licenciado en Derecho, retiróse a su villa natal dedicándose por entero al cultivo de la poesía. Desde 1852 fué colaborador asiduo de la revista *Li Provençalo*, fundada por Roumanille con quien le unía íntima amistad; tomó parte en el Congreso de Poetas provenzales celebrado aquel año, y al año siguiente en la memorable Asamblea de Fontsegugne en la cual dió a los trovadores de la lengua d'Oc el nombre de *felibres*, con que han sido desde entonces designados. Poco después, fundóse *L'Armana Provençala* de la que fué Mistral redactor más de cuarenta años, y en 1859 publicó su inmortal poema *Mireio* que fué universalmente saludado como una de las más grandes creaciones de la poesía épica, y que hizo escribir a Lamartine: «¡Ha nacido un poeta épico, un verdadero poeta homérico de nuestros tiempos!»

En 1859 escribió la *Oda als catalans* y el *Cant de la copa* y sucesivamente *Calendau*, *Lis Isclo d'or*, *Nerto*, *Lo Reino Jano*, el *Poema del Rhone*, *Lou Pouemo dou rose*, *Lis Oulivado* y el diccionario *El tesoro del felibrige*, que añadieron nuevas y gloriosas páginas a su brillante ejecutoria.

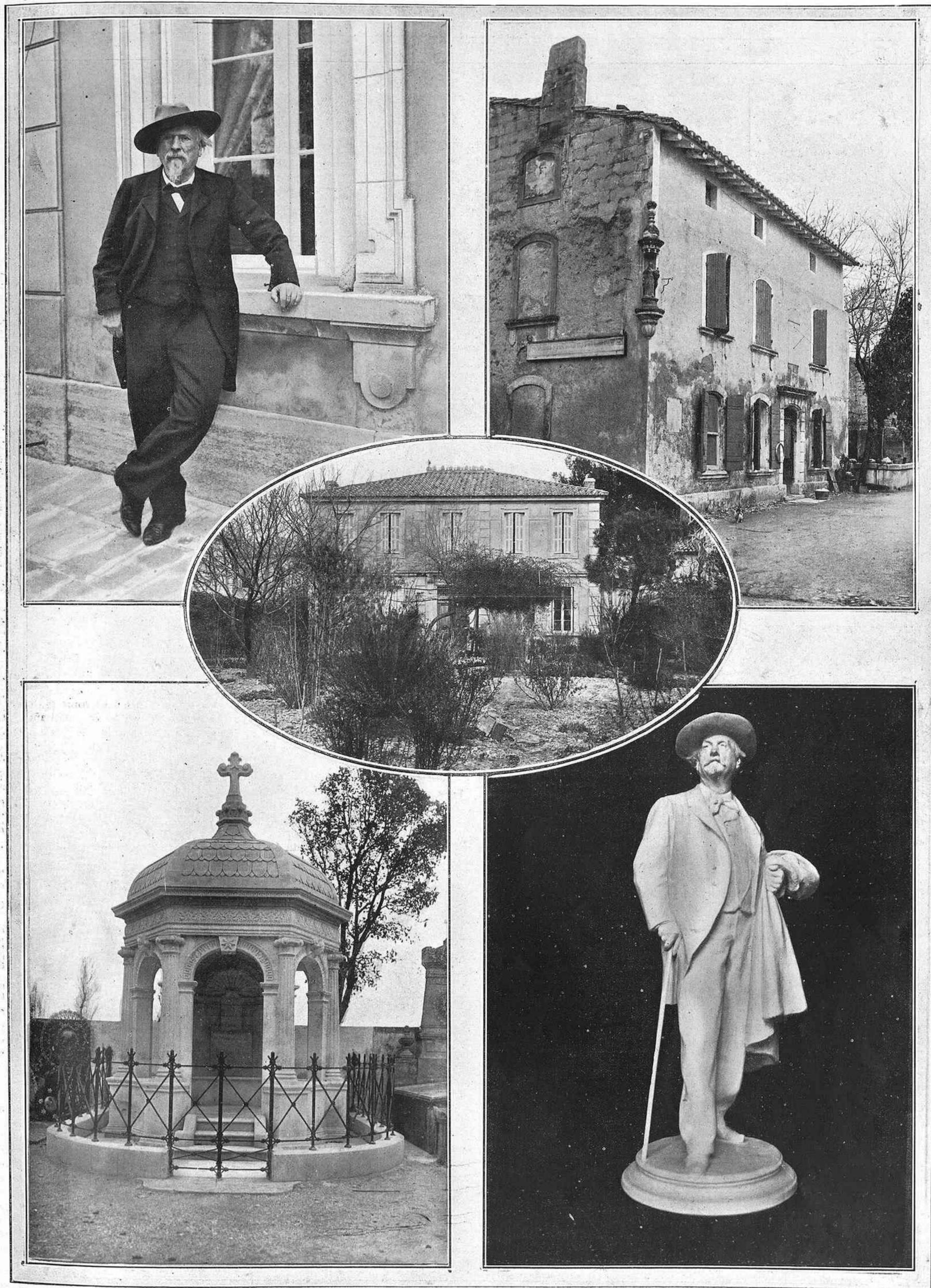
En 1862 asistió a la fiesta de los Juegos Florales de Barcelona; en 1884 fué coronado por la Academia en París; en 1904 obtuvo el premio Nóbel de Literatura, cuyo importe destinó al Museo de Arlés, por él fundado; y en 1909 recibió el homenaje, no sólo de Francia, sino también del mundo entero, con motivo del cincuentenario de la publicación de *Mireio*. Más recientemente, el Presidente de la República fué a visitarle en su quinta de Maillane, en donde vivía Mistral patriarcalmente, adorado de sus conterráneos, dedicado a la poesía y a la práctica del bien.

Su vida fué una vida ejemplar y su muerte ha sido la muerte del justo.

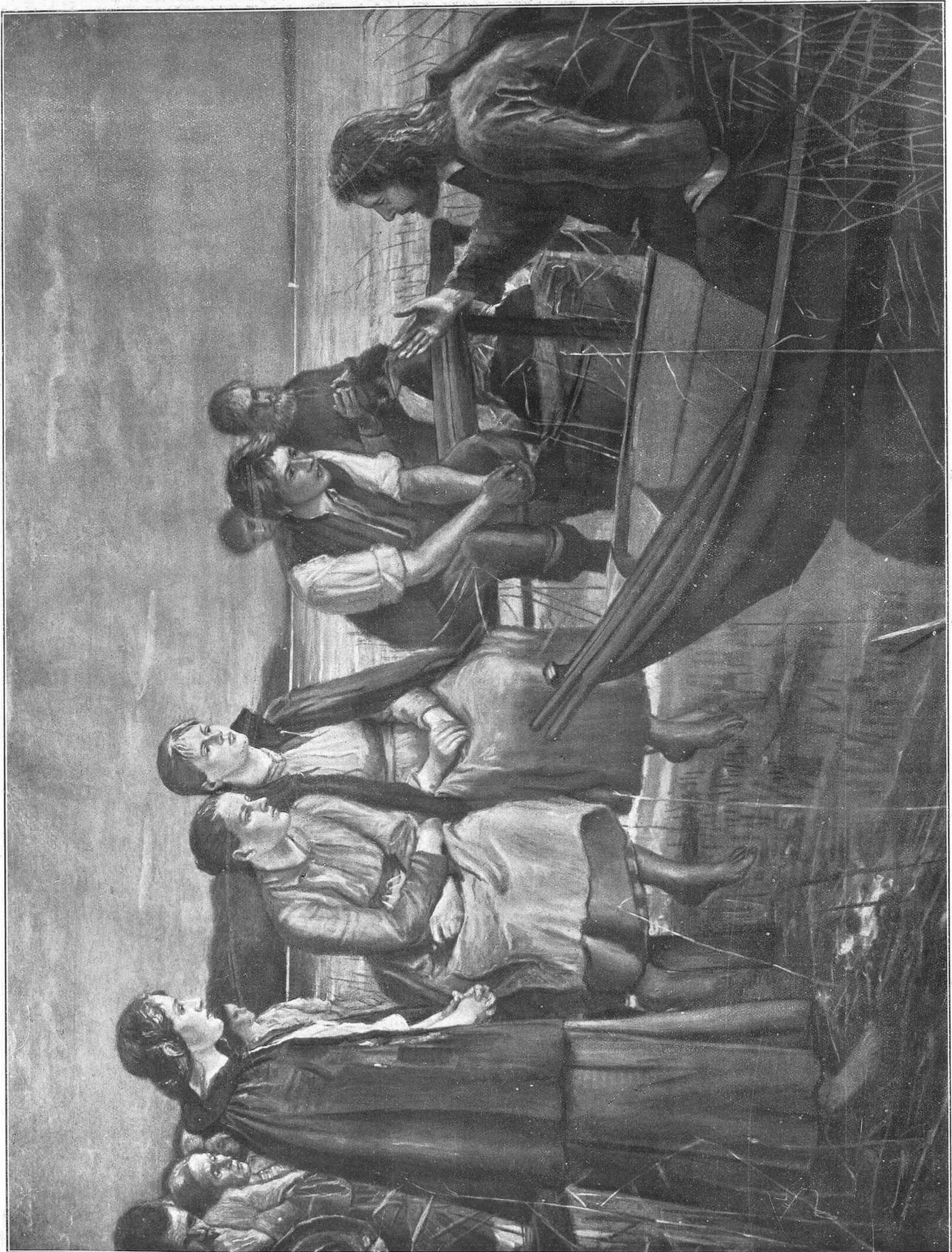
¡Descanse en paz!



El profesor Antonio Salandra, presidente del nuevo Consejo de Ministros italiano. (Fot. de C. Abeniacar.)



Un retrato reciente de Mistral. - Casa de Maillane en donde nació Mistral. - Quinta de Mistral, en Maillane, su última residencia. - Panteón que se hizo construir Mistral en Maillane. - Estatua de Mistral que se inauguró con motivo del cincuentenario de la publicación de *Mireio* y de la inauguración del Museo Arlatón, en Avignón. (De fotografías de M. Rol y C.^{as})



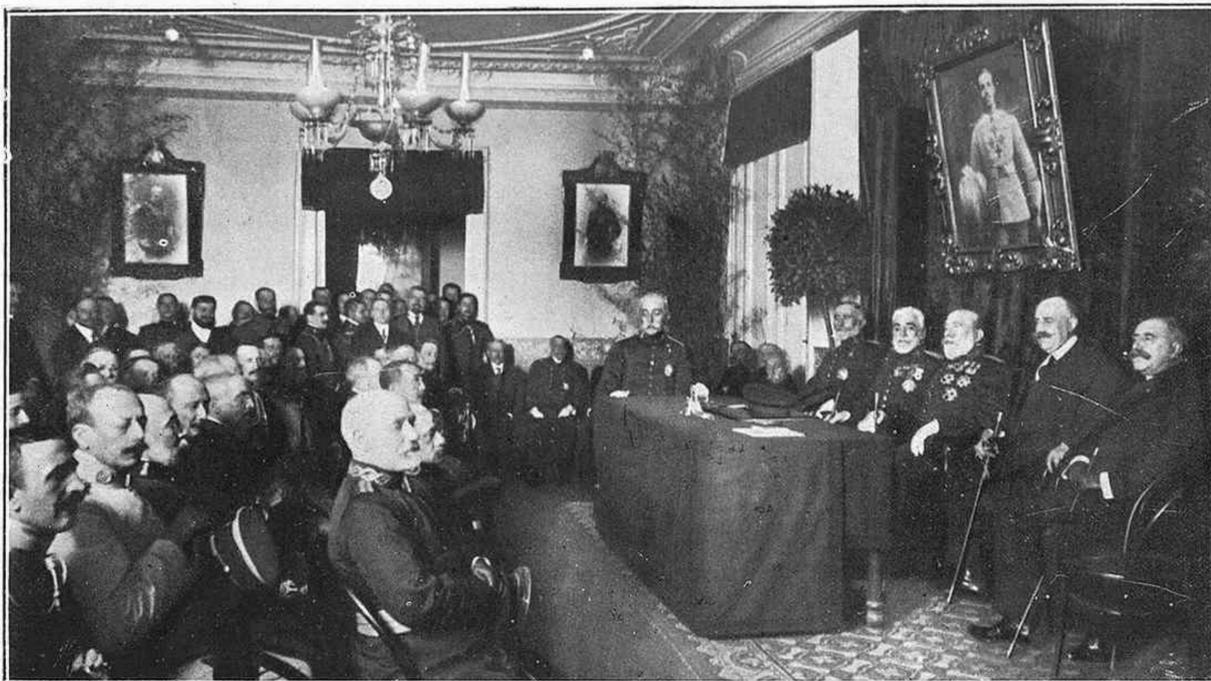
JESÚS PREDICANDO EN EL MAR, cuadro de Federico de Uhde. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.)



EN AUSENCIA DEL CURA, dibujo de Vicente Carreres. (Salón Parés.)

BARCELONA. - INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA MILITAR

Con gran solemnidad efectuóse el día 23 de este mes, bajo la presidencia del capitán general de esta región Sr. Villar y Villate, la inauguración de la Escuela militar afecta a la re-



Barcelona. - Inauguración de la Escuela militar afecta a la representación provincial del Tiro Nacional de esta ciudad. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

presentación provincial del Tiro Nacional de Barcelona, habiendo concurrido al acto, entre otras ilustres personalidades, el general Luque, presidente del Tiro Nacional; el general Sánchez Majón, presidente de la representación del Tiro Nacional de esta provincia; el gobernador militar general Sánchez Mesa, el alcalde Sr. Sagnier, el presidente y el fiscal de la Audiencia, representaciones de todas las armas, delegados de diversas sociedades, etc.



El célebre vulcanólogo José Mercalli, director del Observatorio del Vesubio, fallecido en Nápoles el 19 de este mes. (De fotografía de Argus.)

El general Sánchez Majón dió las gracias a S. M. el Rey por la representación que enviaba en la persona del capitán general, a las autoridades que honraban el acto con su presencia y al público que prestaba su cooperación a los propósitos de la representación del Tiro Nacional.

El secretario Sr. Peypoch leyó una memoria relatando los hechos meritorios realizados por la sociedad desde su fundación hasta la fecha y comentando los resultados obtenidos en favor de los ideales que persigue el Tiro Nacional.

El general Luque explicó lo que debe ser el Tiro y su funcionamiento en las diferentes naciones; elogió el servicio militar obligatorio y dijo que la idea de fundar la representación del Tiro Nacional de Barcelona una escuela militar es un propósito que imitarán dentro de poco todas las demás representaciones del Tiro; dirigió calurosos elogios a nuestra ciudad y terminó con un viva al Rey que fué contestado con entusiasmo.

El Sr. Sagnier dió las gracias al general Luque por los elogios dedicados a Barcelona e hizo votos por la prosperidad del Tiro Nacional.

EL PROFESOR JOSÉ MERCALLI

El ilustre profesor Mercalli, director del Observatorio del Vesubio y vulcanólogo eminente, ha fallecido recientemente a consecuencia de un accidente desgraciado. Por la noche solía

quedarse trabajando en su despacho, que estaba iluminado por una lámpara de petróleo, y se cree que por distracción derribó la lámpara prendiéndose fuego a las ropas y que al dirigirse a la alcoba, con objeto de envolverse en la colcha para apagar las llamas, éstas prendieron en las ropas del lecho, y sin darle tiempo a abrir la ventana y pedir auxilio, cayó al suelo y pereció abrasado. A la mañana siguiente encontré su cuerpo enteramente carbonizado.

El profesor Mercalli era un vulcanólogo conocido en todo el mundo y deja escritas obras de gran mérito. Además inventó hace algunos años una escala diagramática que sirve para medir las intensidades graduales de los temblores de tierra.

En 1909, al morir el célebre profesor Matteucci, sucedió a éste en la dirección del Observatorio del Vesubio.

MONUMENTO A ROSALÍA CASTRO

La ciudad de Santiago de Compostela va a honrar la memoria de su ilustre hija, la novelista notable e inspirada poetisa Rosalía Castro, erigiéndole el monumento que adjunto reproducimos. Bien merece este homenaje la ilustre autora de *Cantares gallegos*, de *Follas novas* y de *El Caballero de las botas azules*, por no citar más que sus obras más culminantes, la escritora eminente que a su talento y a su inspiración unía las más altas virtudes, entre ellas una modestia tan excesiva, que en vida publicó siempre sus libros con verdadero disgusto y al sentirse próxima a la muerte reunió y ordenó sus manuscritos y rogó a sus hijos que los quemaran cuando su cadáver saliese de la casa. Sus hijos cumplieron fielmente el mandato materno, destruyendo así seguramente muchas y muy valiosas joyas literarias, porque de la pluma de aquella santa y sabia mujer nada salía que no fuese digno de ella.

Rosalía Castro nació en Santiago de Compostela el 23 de febrero de 1837 y murió en aquella ciudad el 16 de julio de 1885.



París. Fiesta de la Mi-Careme. - La carroza de la reina de las reinas. (Fotografía de C. Delius.)

El monumento, obra de los señores de Benito, arquitecto, y Clivilles, escultor, fué premiado por unanimidad en el concurso que se celebró en Santiago y al que se presentaron diez y

nueve proyectos. En la cara principal destácase un bellissimo grupo formado por una pareja de jóvenes campesinos gallegos, él con la gaita, el instrumento popular de Galicia, y ella en actitud de entonar alguno de los dulcísimos cantos de aquella región. En las otras caras se leen los títulos de algunas de las principales obras de Rosalía Castro; y en la parte superior hay los escudos de las cuatro provincias de Galicia sobremontados por la corona que simboliza a España.

PARÍS. - LA MI-CAREME

Esta fiesta tradicional celebróse con la animación de costumbre, pero resultó algo deslucida por la lluvia que no cesó de caer desde que se puso en marcha el cortejo. Componíase éste de multitud de carrozas que representaban el Carnaval al



Monumento a la inspirada poetisa gallega Rosalía Castro, obra de D. Isidoro de Benito (arquitecto) y de D. Francisco Clivilles (escultor), premiada por unanimidad en el concurso celebrado en Santiago de Compostela y al que se presentaron 19 proyectos. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

través de los tiempos, el buey Apis, las bacantes, los locos de la Edad Media, Pantagruel, la fiesta del Bucentauro, la caza del ciervo (Luis IV), el baile del Tivoli (Directorio) y el Buey gordo (segundo Imperio), después de los cuales iba el de la reina de las reinas.

Las reinas fueron recibidas en la prefectura de policía, en

las Casas Consistoriales y finalmente en el Elíseo, en donde la esposa del Presidente de la República obsequió a la reina de París y a la de Turín con sendos brazaletes de oro.

AMBROSINA (CADET OUI-OUI)

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR CLAUDIO LEMAITRE

ILUSTRACIONES DE SIMONT. (Continuación.)



- Tú harías mejor en quedarte en casa y dejar tu puesto a un padre de familia

Ambrosina, más locuaz, habló la primera.
 - ¿Viene usted a la catedral?, preguntó.
 - Como usted quiera, contestó Pedro.
 - ¿Ha hecho usted buen viaje?
 - ¡La vuelta ha sido dura!.. ¡Qué abordaje me esperaba en casa!.. Mi madre está aún enojada conmigo porque partí. ¿Era cosa de dejar a esa gente en tan grave apuro después de la desgracia del pobre Luis Fornier?..
 - ¡Y qué desgracia!.. La vida del mar no es de mieles, suspiró Ambrosina.
 - ¡Ahora, dice usted lo mismo que mi madre que quisiera verme pescadero!..
 Esta vez, Ambrosina se detuvo; reflexionó un instante y, finalmente, soltó una carcajada.
 - ¡Pescadero!.. ¡Pescadero!.., exclamó ella; como Tatasse, Micaille o Bellegueule.
 Para Ambrosina, el pescadero era un hombre gordínflón, de gran pesadez de espíritu. ¡Pedro pescadero!.. El muchacho se rió también.
 - ¡Qué cosas se le ocurren a una madre! La mía quisiera que yo tuviese ya setenta años para verme tan tranquilo como a mi abuelo Nicolás. Sin embargo, mi abuelo no estuvo siempre abonado al banco de los retirados; era todo un hombre en sus mejores tiempos.

Ambos guardaron silencio durante un rato y, serios, prosiguieron su camino.
 La muchedumbre los empujaba, los separaba y volvía a unirlos sucesivamente; al llegar a la puerta de las Arenas, se vieron detenidos por el gentío y tuvieron que esperar. El desfile de la procesión empezaba. Ambrosina se apoyó en el brazo de Pedro para ponerse de puntillas y ver.
 Las alumnas de los colegios y conventos, vestidas de blanco, pasaban entonando cánticos. Unas cincuenta niñas, con alas doradas pegadas en la espalda y lirios de papel en la mano, representaban perfectamente en la tierra los ángeles del Paraíso. Otras niñas llevaban sobre sus inmaculados vestidos bandan de muselina blancas, rojas o verdes, que hablaban de las virtudes teológicas: la fe, la esperanza y la caridad. Sobre todas las cabezas más o menos rizadas, coronas de rosas o de follaje formaban como aureolas de santos. Las grandes sostenían sobre sus hombros los palanquines ricamente adornados en que se apoyaban las estatuas, imágenes de los patronos de esas grandes cofradías que localizan en favor

de San Antonio de Padua, de San Luis Gonzaga, de San Francisco de Sales, la piedad de muchos fieles.
 Estandartes bordados con los emblemas del Sagrado Corazón, del Corazón de María, del Rosario, avanzaban bien escoltados y llevados por señoritas cubiertas con un velo de muselina.
 El cura del Portel marchaba rodeado de su clero y de sus feligreses.
 Las jóvenes portalesas que lo acompañaban habían sacado, para vestirlos, los antiguos y ricos trajes de la parroquia. Con sus faldas relucientes, sus mangas flotantes, sus chales de vivos colores, sus frentes inclinadas y luminosas, eran como novicias ostentando el lujo de vestiduras sacerdotales.
 Seguían las madres cristianas, con diversas expresiones de consuelo o devoción.
 Finalmente, cuatro jóvenes marineros llevaban en

andas, bajo los rayos de un sol abrasador, un pequeño barco aparejado como uno grande. Una niña vestida de Virgen del Socorro y dos muchachitos que representaban el uno el Niño Jesús y el otro San Juan Bautista, seguían acompañados de sus madres, mujeres de la marina, y tendían con frecuencia sus manecitas hacia aquel hermoso juguete ofrecido al Niño Dios por los calafates del puerto.

Ambrosina abandonó el brazo de Pedro; en su entusiasmo, batió palmas y exclamó:

— ¡Mire usted, Pedro, qué bonitos son! Yo quisiera besarlos.

— ¡Besarlos! ¡Besarlos!, murmuró Pedro furioso. ¡Yo no los encuentro tan bonitos como eso!.

Y dirigió una mirada de envidia a aquellos inocentes que se alejaban.

Llevada en andas por señores de levita, Nuestra Señora del Mar y de los Milagros vino después. Estaba de pie en la popa de un barco; dos ángeles remaban a sus pies; ella inclinaba la cabeza, y el gesto de su delicado brazo designaba el mar.

Pedro no era nada devoto; sin embargo una brusca emoción le sacudía el corazón cada vez que miraba aquella imagen de Nuestra Señora que bendice el mar y que se parecía a su Ambrosina. La Virgen y la pequeña Papín tenían aquella misma sonrisa de los inocentes que saben calmar las tempestades del alma y de las ondas.

Pedro no imitó a los muchachos irreverentes que reían y hablaban en alta voz con el sombrero puesto delante de la estatua simbólica. Sólo pueden despreciar las tradiciones los que no tienen novia a quien respetar ni barco que quiere que se le sea fiel... Pedro se descubrió.

Autoritariamente, Pedro cogió a Ambrosina de la mano y, atravesando el gentío, la arrastró al medio de la calle.

El obispo, sin cesar, retrasado por los fieles que imploraban su bendición, se acercaba lentamente. Se distinguían de lejos su mitra y su báculo que dominaba las mil cabezas de la multitud aglomerada.

Por fin Pedro y Ambrosina llegaron hasta él.

Era muy anciano, muy cano y se detuvo delante del marinero y la muchacha. ¡Qué jóvenes y guapos eran los dos!.. Una tierna y maliciosa llama brilló en sus ojos claros, y en seguida sus párpados velaron su mirada. Ofreció a los labios del joven y de la muchacha la amatista de su anillo, la amatista violeta, piedra de luto. En la muerte y en la desgracia terminarán todas las felicidades terrestres... El obispo; regocijándose tal vez de su vida de renunciamento, se alejó de los dos muchachos.

Ambrosina y Pedro pasaron las murallas de la ciudad y no tardaron en marchar por el camino que conduce al baile de los Molinos. El joven miró esta vez sin envidia y sin sorpresa las parejas que se complacían en hacer durar el trayecto. Él también detenía de vez en cuando a Ambrosina, y ambos iban despacio y en silencio.

Pedro volvía la cabeza hacia ella, y ella, que esperaba cumplimientos sobre su traje, balanceaba sus faldas y combaba el pecho; Pedro callaba, observando únicamente la expresión del rostro de Ambrosina.

Habiendo olvidado el atavío, cuando ella se volvió hacia él sonrosada, risueña, feliz de tenerlo al lado e inclinada hacia él como una flor de estío que se abre mirando al sol, Pedro, lleno de orgullo, rodeó con su brazo la delgada cintura de la niña.

En el baile, no tuvo más que enlazarla un poco más fuerte para arrastrarla al son de la música.

Ambrosina se abandonaba riendo. Sus maneras fogosas no tenían nada de las actitudes de las muchachas indolentes, ni de los amaneramientos de las princesas vanidosas que se hacen admirar. Era desmañada, ardiente y sincera; nadie reparaba en ella; Pedro, que la sentía palpitante y feliz sobre su pecho, la amaba con todo su corazón.

Le ofreció limonada gaseosa, verdadero champañ, barquillos y patatas fritas. Ambrosina estaba tan contenta que se olvidaba del daño que le hacían sus zapatos estrechos.

— ¡Qué novedad!.., dijo una voz burlona.

Ambrosina se volvió, reconoció a su hermana y toda su alegría se desplomó:

— ¡Qué novedad!, repitió Catalina. ¡Mi hermanita en el baile!.. ¡Cuando yo digo que cualquier día de éstos la veremos con un novio!

Bella Gracia miraba a Pedro con una sonrisa coquetona y un aire de autoridad.

— Me esperaba usted, Pedro... Al menos la niña le ha hecho pasar el tiempo. Sigue el vals..., ¿viene usted?..

Pedro se puso colorado, se turbó y se dejó arrastrar por Catalina.

Ambrosina, sorprendida, los vio partir juntos.

Contuvo de pronto unas fuertes ganas de gritar, de patear y, después, sintió como una mano de hielo sobre sus espaldas.

¡Conque, se había privado de todos sus placeres favoritos para ataviarse y acompañar a Pedro, y el veleidoso huía a la primera señal de Catalina!

La hermosa pescadera seguía a compás el ritmo del vals, dando vueltas como una soberbia peonza.

Catalina y Pedro reían. ¡De modo que se burlaban de ella, de Ambrosina! Ésta temblaba.

La muchacha se alejó del baile corriendo. Subió la cuesta y torció a la izquierda, dirigiéndose hacia el Norte.

Un enorme sol de carmín desaparecía, devorado por el mar reluciente que cortaba el horizonte. Un viento alegre soplabla de Poniente, y Ambrosina se detuvo para exponer su pobre cabeza ardorosa a la brisa que la refrescaba. Era como una mano suave, una mano amiga que se apoyaba sobre su frente. ¡De modo que ella había creído, sin confesárselo siquiera, que un mozo como Pedro podía ocuparse de una chiquilla como Ambrosina! ¡Ah!, ¡qué dolorosa decepción!..

La pobre desengañada cayó de rodillas en la escarpa del camino; de pronto se sentía muy vieja. No solamente era una muchacha, sino una mujer, puesto que sufría y lloraba.

¿Por qué él se reía de ella ahora? Antes la esperó, le rodeó la cintura con el brazo; la miraba con ternura... y tan pronto la abandonaba. Era una diversión para él. ¡Ah! ¡qué diversión tan cruel!

En ella, una voz suplicante llamaba a Pedro y, verdadero milagro, esa voz secreta, Pedro la había oído llamar en su corazón, pues ya contestaba:

«¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!»

— Después del vals, busqué por todas partes; me dijeron que se había usted marchado hacia aquí y he venido.

Ambrosina se enjugó las lágrimas, miró con dureza a Pedro y apartó bruscamente el brazo que se extendía hacia ella.

Pedro quedó sorprendido.

— ¡Basta de juegos!, dijo la muchachita. No soy tan imbécil como usted se figura. ¡Había que distraer al buen mozo hasta que llegase Catalina! ¡Váyase usted con ella!

— No vuelvo a separarme de usted, afirmó resueltamente Pedro.

— ¿Cuándo acabará usted de atormentarme? ¡Váyase!

— ¡Atormentarla, yo!..

— Atormentarme, sí. Soy una chiquilla, una muñeca... Entonces, ¿a qué guardar contemplaciones?.. Usted se ríe de mí, Pedro. ¡Ah! ¡Eso no está bien, no, eso no está bien!, gimió Ambrosina.

Y prorrumpió en sollozos de niña que le sacudían el pecho, como toda aquella pena inmensa enterneció al muchacho.

Y Pedro la atrajo a sí para protegerla contra el dolor. ¡Ah!, ¡sí, era ésta la que él amaba y quería!

— ¡Ambrosina!, amiguita mía, yo la amo y para siempre, murmuró el joven.

Ambrosina aun no se fiaba de él. Pero no, la buena y fresca cara del joven marinero resplandecía de franqueza y de ternura, y Ambrosina, en un gran gesto de confianza, echó sus dos brazos al cuello del enamorado novio.

XIII

Los marineros estaban sentados pesadamente en los bancos de la taberna de la Estrella del Norte. Vestidos de chaquetas y gorras como los viejos jubilados, rentistas del Estado, no mostraban esa pesada y bulliciosa alegría que anima al marino que sólo descansa unos días. Cincuenta pares de ojos seguían los gestos del hombre que hablaba, en pie sobre una silla; los oídos escuchaban apenas.

Un solo pensamiento es bastante para cerebros arrastrados a las vagas reflexiones de a bordo. Ese pensamiento ocupaba aquellos marinos sencillos de espíritu y vigorosos de musculatura. Daban vueltas sin cesar al acontecimiento, a la catástrofe sin precedentes que los condenaba a la inacción en la época del año habitualmente más ocupada.

Antes de que terminase la campaña del arenque, los armadores reunidos habían despedido a los hombres de cuarenta tripulaciones.

— Gracias, habían dicho, no necesitamos ya más de ustedes. De cada tres barcos, desarmaremos uno. En la primavera, el negocio podrá reanimarse, y quizás volveremos a dar trabajo a todo el mundo para la pesca de la sarda; pero nada prometemos. Los grandes vapores franceses y extranjeros economizan en la mano de obra con sus máquinas. Venden el pescado demasiado barato. Nosotros disminuimos

nuestros gastos durante algún tiempo para evitar la ruina...

¡La ruina!.. ¡La ruina!..

Y los pobres marineros, trastornados, habían vuelto a tomar el camino de sus domicilios donde las mujeres los esperaban. Más de uno le dió vueltas a la lengua en la boca antes de anunciar a su esposa la triste noticia. ¿Qué iba a ser de ellos sin la paga?.. ¡La vida es cara en invierno!.. Se necesita mucho pan y mucho carbón, para alimentarse y combatir el frío que, en alas del viento desapacible, ¡devasta las chimeneas apagadas! Hiela hasta los huesos a los que no tienen dinero con que proveerse en la panadería y en la tienda de combustible.

Agotados los fondos de reserva, los tahoneros, y sobre todo los panaderos, vendieron todavía al fiado a los pobres. ¿Qué madre, qué mujer rehusaría pan a la niña delegada por los suyos? Llega con los brazos y los ojos abiertos ante la radiosa reunión de dorados panes. ¡Con qué tierna gravedad la dulce Isabelita y la avispada Rosa estrechan el pan en sus brazos! No mecerían con más solicitud al hermanito que, con el estómago vacío, espera su rebanada llorando en su camita.

Las familias hambrientas devoraron a los panaderos compasivos, y el tribunal de comercio, implacable, declaró en quiebra a esos imprudentes.

Se había acabado el crédito.

Acosados en sus casas por las mujeres ansiosas, y despedidos de sus embarcaciones por los armadores económicos, los marineros encontraron un refugio en las tabernas, donde varios socialistas de la ciudad vinieron a aleccionarlos. Era necesario sindicarse, afirmaban éstos, reclamar, ir a la alcaldía a pedir explicaciones al Gobierno. El Estado encadenaba al marino a su trabajo, por consiguiente tenía deberes y responsabilidades para con él.

— Los prisioneros, gritaba en aquel momento el orador, los prisioneros, los criminales son mantenidos, y a vosotros, ¿se os va a tratar peor que a los malvados?..

El auditorio permanecía silencioso. Seguramente, aquel señor se explicaba pronto y bien; tenía un palique de abogado y sabía muchas palabras.

— En fin, dijo el orador exasperado, vuestros armadores, que son millonarios, vendrían a deciros que no hacen falta más marinos, y contestaríais: Amén. Si vuestras mujeres me oyesen, me comprenderían mejor que vosotros.

Esta vez el orador tenía razón.

La mujer del marinero sabe defenderse en tierra, pero el marinero no conoce más que cuatro cosas: una cubierta bajo sus pies, el cielo sobre su cabeza, redes en las manos y mucha valentía en el corazón.

Todas aquellas hermosas palabras de libertad, de fraternidad, de sindicato, que los hombres escuchaban, formaban un lío en sus cabezas. ¡El orador había hablado de armadores millonarios!.. Y los que creen en los millones pasan por tener trastornados los sesos... En la marina, todo el mundo conoce a la tía Millones, una vieja pescadera de cangrejos que frecuenta las casas de banca y las notarias reclamando los millones que le deben, desde que un acceso de fiebre le trastornó el juicio.

Los marineros sabían muy bien que «algunos tenían» y que «otros no tenían». La suerte designa a los desgraciados y el destino elige a los privilegiados de la fortuna, a todos los afortunados.

El día del temporal la silenciosa fatalidad ¿no sacrifica a los unos para respetar a los otros? El marinero, dócil, se contenta con tentar a la suerte diciendo: «Eso irá quizás mejor de lo que se piensa», y no se subleva. El mar y la miseria, dos violentas y caprichosas señoras, le han enseñado la paciencia y la resignación.

El orador, cansado, bajó de su silla, se volvió hacia el tabernero y encargó un refrigerio.

Poco a poco la taberna se iba desocupando.

Un tiempo claro y frío esperaba a los hombres en la calle. Estos se agrupaban maquinalmente por tripulación de barco y marchaban a lo largo de los muelles. Se detenían de vez en cuando, y, después de haber reflexionado bien y meneado la cabeza, el más osado de la banda aventuraba a veces una opinión recordando el discurso que acababa de oír.

— ¡Quizás tenga razón!

— ¡Habría que resistir!..

— ¡Ya no hay pan en casa!..

— Mi mujer busca trabajo a jornal.

Los marineros de casa Marvel se reunieron en torno del *Surcouf* que llegaba.

Pedro Malot, con su blusa cubierta de escamas de arenque, se movía alegremente sobre la cubierta.

— Tú, dijo el más exaltado de la banda, dirigiéndose al hijo de Rosa, harías mejor en quedarte en casa y dejar tu puesto a un padre de familia.

La gran querrela del momento dividía a los marineros contratados y a los desembarcados; éstos calculaban y buscaban a los que hubieran debido ceder la plaza a los más pobres. Había habido peleas y, más de una vez, habían atacado al rico Pedro Malot.

Este continuó su trabajo, sin contestar. Tenaz, no quería renunciar a su barco. Le había costado demasiado trabajo defender su deseo de navegar contra la voluntad de su madre para dejarse despojar benévolutamente, por grandeza de alma.

Se apiadaba fácilmente ante las mujeres y los niños hambrientos. El dinero de sus mensualidades y el que su madre le daba los domingos le ayudaban entonces a aliviar su corazón henchido de pena. Distribuía tímidamente calderilla y plata, más avergonzado que los que recibían la limosna. Su bienestar embarazaba al joven marino escrupuloso.

¡Ah!, ¡si hubiese sido mayor de edad y dueño de su pequeña fortuna! Armaría barcas y correría alegremente los riesgos de la pesca. Entonces vería si el mar se olvidaba de recompensar a los que le servían fielmente.

— ¡Ay!, exclamaba a cada momento Rosa triunfante; ¡cuando yo te digo que el oficio de mar ya no vale nada!

Pedro se encogía de hombros. Era un momento difícil que había que pasar; siempre harían falta marineros para la escuadra de guerra, la marina mercante y los barcos de pesca.

El sindicato recogía unas cuantas docenas de falsos marineros, de esa gente inútil que pulula por todos los puertos. Alborotaron y obtuvieron socorros oficiales. ¡Nunca semejante chusma había vivido tan feliz!. Los verdaderos necesitados tampoco perecieron. Y es que en los callejones en que el pueblo vive hacinado, nadie puede regodearse sabiendo que el vecino padece hambre.

¡Qué trastorno en el cerebro de aquella gente!. El mal humor que gasta el marino desembarcado no sabía contra quién desahogarse. La miseria, la tristeza, todas las calamidades de las poblaciones castigadas por la desgracia, caían sobre la ciudad.

La mortalidad aumentaba, demostrando que los temporales destruyen menos existencias que las huelgas. En el cementerio, las tumbas de los recién nacidos y de los ancianos se alineaban. Cada familia lloraba su difunto.

Afortunadamente, la pena de tantas desgracias no alcanzaba a las fuerzas vivas del espíritu, eternecido, sin embargo, del joven marino Pedro Malot.

Un pensamiento risueño fortalecía igualmente a la sensible Ambrosina. No porque el amor pueda deterrrar de las almas toda bondad, sino porque sabe sostener un santo egoísmo necesario a la vida.

Pedro y Ambrosina se encontraban siempre con una alegría sin igual. Aquel mismo regocijo los elevaba por cima de la muerte y de la miseria que marchaban a sus pies.

Se hallaban bien protegidos contra la obsesión de esos lamentables espectáculos que a veces manchan irremisiblemente las imaginaciones jóvenes, destruyen la confianza, la esperanza, todos los frescos mantales de alegría en que la juventud debe beber en abundancia, para conservar la fuerza de arrostrar bravamente la existencia.

Serío y ocupado Pedro navegaba a bordo del *Surconf*. Ambrosina trabajaba en su casa tan juiciosa y atareada como una hada doméstica. La vieja Papín se extasiaba delante del trabajo de su hija menor. Un poco celosa, Catalina se mordía los labios y encontraba palabras mortificantes a fin de paralizar aquella buena voluntad amenazadora. Toda gran superioridad necesita una contraposición que la haga valer por el contraste. Las torpes cabriolas del clown en el circo de la plaza de Federico-Sauvage hacen valer las gracias de las artistas ecuestres que dan saltos y hacen piruetas cadenciosamente, al paso rítmico de los caballos blancos que las llevan.

La conducta de una chiquilla, de una Ambrosina, glorificaba sin intermedio los méritos de Catalina. ¡Ay! La ironía de Bella Gracia se ejercía inútilmente, las palabras mortificantes no hacían mella en Ambrosina. Era a Pedro y a nadie más que a Pedro a quien ésta quería agradar.

Cuando el *Surconf* entraba en el puerto, la primera persona enterada de ese regreso era Ambrosina, que se escapaba de la casa y corría al encuentro de Pedro. Con el placer de estar juntos, ambos encontraban de nuevo los juegos de la adolescencia. El invierno muy frío picaba los dedos, impresionaba los ojos y vivificaba la ternura. Ellos galopaban, se perseguían locamente por las altas mesetas del acantilado, comían riendo las castañas calientes del tío Jamoli, contemplaban los mismos mostradores y mordían por turno en la misma barrita de caramelo de

cebada con sus dientes frescos e iguales. Sus joviales existencias, con infantiles aficiones, se unían en los placeres y en las penas pueriles, antes de unirse para los grandes acontecimientos de la vida.

A la caída de la tarde, si Ambrosina, un poco lánguida y mimosa, apoyaba su cabeza sobre el pecho del joven, encontraba solamente, en aquel dulce calor, la sensación de hallarse protegida en el hueco de un blando nido. Habían pasado para Pedro aquellas rabias de niño voluntarioso contra la chiquilla, y Ambrosina perdía el recuerdo de aquellos ataques bruscos que antes la asustaban.

¡Ah!, ¡qué felices eran los dos! Desafiaban el frío, la nieve, la lluvia y el viento. Un cielo claro, un tiempo radiante, nada podía disminuir o aumentar una felicidad que llevaba la dicha de dos amores.

Corazones puros, frentes sin arrugas, memorias vírgenes, el cielo os ahorra hasta la amarga melancolía de comprender tantas delicias y ver terminar los días. ¡Su dicha era tan grande que se ignoraba!.

Y, en la marina trastornada, su afecto naciente encontraba la fortificante soledad. Nadie se ocupaba en ellos. Olvidado ese cuidado malicioso que se toman las gentes de espiar y contrariar dos novios demasiado jóvenes, Rosa y Catalina ignoraban las citas y las correrías de los muchachos.

María Saleta, que, devorada siempre de ambición por su Juan, observaba sin tregua a los Papín y a los Malot, fué la primera en notar los paseos de Pedro y Ambrosina. Adivinaba muy bien que el amor andaba por medio. El joven preparaba uno de esos precoces noviajes que no son raros en la marina. De modo que ese imbécil de Pedro desdeñaba a la bella Catalina para enamorarse de una Ambrosina... El rival más peligroso de su hijo se retiraba. El campo libre atraería al tímido y haría a la orgullosa un poco más afable.

Lo cierto es que la suerte perseguía a esa María Saleta. Pero hay que decir también que ésta había obedecido siempre al precepto divino que dice: «Ayúdame y te ayudaré.» No se quejaba de Él ni de ella.

Su Juan viviría muchos años. Ella le había salvado del mar y del hambre. Seguro de su paga, el empleado podía apiadarse, sin peligro, de todos aquellos marineros desembarcados.

El muchacho, molestado por un mal constipado cogido al principio del invierno, se quedaba con frecuencia bien cuidado en casa para oír ponderar por María Saleta el bienestar de Juan Saleta.

Acabaría por seguir en todo los consejos de su madre.

XIV

María Saleta arrojó bien a su hijo en la cama, puso sobre la mesa, a su lado, una taza y un jarro de tisana, y le besó.

— ¡Así, hijo mío!, murmuró ella con voz dulce; ahora voy a ocuparme en tus negocios.

La madre estaba radiante de alegría.

Una vez solo, Juan abrió los ojos y exhaló un suspiro de satisfacción. Sin la madre que le espiara, pensaba más a sus anchas.

Guardaba cama desde principios de diciembre. Sus piernas debilitadas ya no lo sostenían. Tosía mucho y sentía sin cesar en la boca un mal gusto de tinta que le quitaba el apetito. Sus ojos brillaban al atardecer y mostrábase menos indiferente y menos abatido que cuando su salud era mejor. ¡Al fin deseaba algo!. Quería vivir y curar. Su carácter se modificaba; se encolerizaba contra su enfermedad, combatía las ideas tristes que le asaltaban, hasta pensaba en el porvenir. Esta fuerza llegaba muy tarde para obrar, y sus pobres dedos sumamente débiles se activaban quizás en vano hacia lo que ya no alcanzarían.

Algunos compañeros venían a verlo y él los acogía con una sonrisa luminosa. No faltaban visitas. Los marineros se aburrían inactivos en el puerto como sus barcos desarmados y, ante aquel enfermo, la desgracia mayor que preveían les hacía olvidar un instante sus penas.

El empleado escuchaba sus explicaciones sobre la huelga, el sindicato, la pesca. Él permanecía siempre ajeno a esas preocupaciones y contestaba «sí» a sus quejas. Así obtenía la libertad de mirarlos con calma aparente.

Eran jóvenes y fuertes. Él había hecho su primera comunión al mismo tiempo que ellos. Nadie se moría a esa edad, y Juan se persuadía de que muy pronto correría, domingos y fiestas, en compañía de aquellos mozos.

— Siempre he sido demasiado pensativo, afirmaba él; en adelante sabré comprender mejor la vida.

A veces, le parecía que manos secas con uñas

puntiagudas le desgarraban el pecho y le estrangulaban poco a poco. Venía el sueño y le dormía, precisando ensueños maravillosos que él confundía con la realidad.

Soñaba salud, curación. Se paseaba por un jardín lleno de rosas de embriagadores perfumes. Tenía el mar delante y marchaba sobre él hasta las crestas de las olas que, para sostenerlo mejor se transformaban en delfines.

Era guapo, poderoso, fuerte, como un dios. Se le acercaban hermosas jóvenes que lo admiraban. Tocaba sus brazos, sus hombros, y, al contacto de las palmas de sus manos, sus vestidos se iluminaban, resplandecían, se cubrían de diamantes y de lentejuelas. Las jóvenes se transformaban: eran mujeres, de esas mujeres espléndidas e inaccesibles que los marineros deslumbrados aplaudían en el teatro; Juan, muy simplemente, besaba las sonrosadas mejillas de aquellas deidades.

Despierto, Juan seguía las fantasías de su imaginación.

Ciertos días, Juan, menos febril y más lucido, sentía más la mano tenaz que le estrangulaba.

¿Cómo poder luchar contra la muerte pérfida y vivir más, vivir siempre? Sus ojos suplicantes buscaban la mirada de su madre. ¿Le defendería con bastante energía?

Siempre animada y activa, la Saleta vivía sin inquietud. Su Juan sufría de un enfriamiento cogido el día de la gran procesión, y curaba poco a poco. La serenidad de María confortaba al enfermo. Una madre que ve a su hijo en peligro ¿no llora noche y día?

Sin embargo, él hubiera querido estar seguro de que no se iba a morir.

Encargaba, con el asentimiento materno, trajes nuevos y zapatos de lujo, y compraba provisiones de lápices y papel. Concebía muchos proyectos, y hasta habló de presentar la dimisión de su empleo, para comprar una tienda, dedicarse al comercio y hacer fortuna. Mas, para esto, se necesita la ayuda de una mujer. ¡Ah! ¡Esto es! ¡Juan quería casarse!

Más tarde, después de casarse, una mujer joven, sana, constantemente a su lado, aliviaría su fatiga y le curaría. Un joven sin mujer ¿no se aniquila de tedio? La que hoy le aceptase, se reiría demasiado de la enfermedad para no devolverle toda confianza. Y él bendiciría a la animosa que apartase el terror de la muerte que le visitaba cada tarde a la hora del crepúsculo.

Juan anunció solemnemente a su madre que seguiría sus consejos y deseaba casarse.

— ¡Ah!, ¡vienes a las mías!, exclamó gozosa María Saleta.

Saltó de alegría y se precipitó sobre su hijo para besarle.

María no reconocía siguiera al pobre Juan amarillito, al enfermo de rostro descompuesto a quien cuidaba. Desde hacía años, su cabeza y su voluntad seguían a un Juan creado por su cerebro que no parecía al Juan formado en sus entrañas. Lo veía robusto, valiente, dispuesto a casarse... ¡Ah!, era un buen hijo, de buen carácter... Seguramente sería feliz en el matrimonio. Ella lo casaría. ¡Pronto, una mujer para Juan! La mejor de la marina se daría por dichosa de pertenecerle. Cerca de la bella Catalina, Juan no tendría rival. Ahora se trataba tan sólo de obrar con habilidad, porque, en los buenos matrimonios nada se resuelve sin hablar.

María, seria, reflexiva, se separó de su hijo; atravesó la ciudad, se dirigió hacia el barrio del Calvario y no tardó en dar tres golpes a la puerta de la casa de las Papín-Sauvage.

— ¡Adelante!, gritó una voz.

Catalina y Ambrosina hablaban a la luz del quinqué; el viejo Papín fumaba silenciosamente una pipa, y la madre, de pie cerca de la estufa, la cargaba de carbón.

— Buenas noches, dijo María entrando; dispense si les vengo a molestar.

— Usted no nos molesta, contestó la vieja Papín. Ambrosina, una silla. ¿Y Juan? ¿No está peor al menos?, preguntó en seguida?

María Saleta suspiró, se encogió de hombros y dejó caer los brazos inertes a lo largo del cuerpo, como desalentada.

— ¿Qué quieren ustedes?, contestó. Él mismo se lapida; dice que no quiere curar. ¡Haber puesto un solo hijo en el mundo y oírle siempre maldecir la vida! ¡Qué desgracia para mí!

María Saleta lloraba y Ambrosina, muy emocionada, abandonó su labor sobre las rodillas para escucharla. Catalina, desdeñosa, miró fijamente a su hermana, y una sonrisa se dibujó en sus delgados labios.

(Se continuará.)

PARÍS. — LA TRAGEDIA DE «LE FIGARO». ASESINATO DE GASTÓN CALMETTE

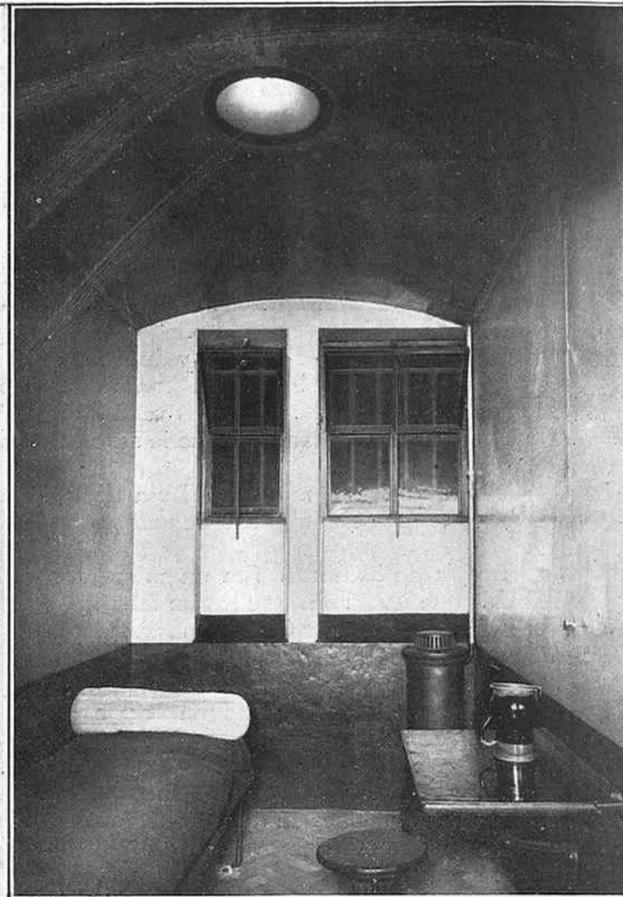
(Fotografías de Branger, Harlingue y Chusseau-Flaviens.)



Gastón Calmette, director de «Le Figaro», asesinado por la Sra. de Caillaux el día 16 de este mes.



La Sra. de Caillaux, esposa del exministro de Hacienda, autora del asesinato del Sr. Calmette
Celda que en la cárcel de San Lázaro ocupa la Sra. de Caillaux



La tragedia de *Le Figaro*, como se denomina ya el triste suceso a que se refieren los grabados de esta página, ha causado profunda emoción en toda Francia, no sólo por la condición de las personas que en ella han intervenido, sino también por las circunstancias en que se ha desarrollado y por las consecuencias que se han derivado de la misma.

Apenas constituido el actual Gabinete Doumergue el director de *Le Figaro*, Gastón Calmette, emprendió una vigorosa y bien documentada campaña contra el Sr. Caillaux, ministro de Hacienda, el «plutócrata demagogo», como muchos le llaman. Comenzó acusándole de haber acumulado las funciones de ministro de Hacienda a las de presidente del Consejo de Administración de un Banco extranjero, el Crédito Agrícola Egipcio, y de haber concedido recientemente a esta sociedad, desempeñando los dos citados cargos, autorización para emitir y negociar en Francia 800.000 obligaciones, autorización que, de conformidad con

lo era en aquel entonces y de la cual se divorció para casarse con la de ahora, que es la tercera y a su vez divorciada de su anterior marido. En aquella carta se decía, entre otras cosas referentes a un debate sostenido en la Cámara de Diputados: «Por lo demás, he logrado un buen éxito: he hecho fracasar el impuesto sobre la renta, aparentando defenderlo, y me he hecho aclamar por el centro y por la derecha y sin descontentar demasiado a la izquierda.»

paros acudieron los redactores en auxilio del Sr. Calmette a quien un médico, llamado a toda prisa, hizo la primera cura. Conducido luego a una casa de curación de Neuilly falleció el herido en el momento en que se intentaba practicarle una delicada operación.

La señora de Caillaux fué llevada en su propio automóvil a la Comisaría desde donde la trasladaron después a la cárcel de San Lázaro, siendo encerrada en la celda número 12, la misma que ocuparon en distintas ocasiones Luisa Michel, la señora de Humbert y la de Steinheil.

Las consecuencias políticas del crimen perpetrado por la señora de Caillaux han sido por ahora las dimisiones que de sus carteras se han visto obligados a presentar su esposo y el ministro de Marina, Sr. Monis, que por graves revelaciones hechas ante el Parlamento por el expresidente del Consejo de Ministros, Sr. Barthou, ha resultado gravemente comprometido en el asunto de la suspensión del juicio contra Rochette.

Gastón Calmette era uno de los periodistas franceses que gozaban de más justa nombradía. Había nacido en Montpellier el 30 de junio de 1858 y hecho sus estudios en los liceos de Brest, Burdeos, Clermont-Ferrand y Macón, terminándolos en la Facultad de Derecho de París. Apasionado por el periodismo entró en la redacción de *Le Figaro*, del que fué nombrado secretario en 1894; nueve años después pasó a ocupar el puesto de director que tan brillantemente ha desempeñado hasta el instante de su trágica muerte. Era caballero de la Legión de Honor y poseía la gran cruz de Isabel la Católica.

Su matadora se llama Enriqueta Rainouard, y nació en París el 6 de diciembre de 1874. Estuvo casada con León Claretie, de quien se divorció poco tiempo después de haber contraído matrimonio, casándose luego con el Sr. Caillaux. Dícese que en este matrimonio no reinaba últimamente gran armonía y que los dos esposos estaban a punto de divorciarse. En la cárcel de San Lázaro, su vida es muy distinta de la de las demás reclusas; disfruta en su celda de bastantes comodidades, se le permite vestir elegantes *toilettes*, se le sirve la comida de uno de los mejores *restaurants* y se le consiente recibir diariamente

la visita de su esposo, de su hija y de otras personas, cosas todas éstas que han producido ciertas protestas entre los que estiman que en todos los países, pero más que en ninguno en uno que como Francia se llama democrata e igualitario, las leyes y los reglamentos penales se han hecho lo mismo para los criminales de condición humilde que para las esposas de exministros millonarios.

El entierro de Calmette ha sido una grandiosa manifestación de duelo en la que han tomado parte más de 100.000 personas.



Entierro del Sr. Calmette. Los coches que conducían las coronas

la ley, había negado en 1908 siendo ministro de Hacienda, pero aun no presidente del Consejo de Administración del Crédito.

Acusóle luego de haber facilitado a sus amigos una importante jugada de Bolsa y de haber suspendido la acción de la Justicia en beneficio del banquero Rochette procesado por estafa, dando con ello lugar a que el acusado se substraiese a la acción de los Tribunales.

Y, finalmente, publicó en *Le Figaro* una reproducción fotográfica de una carta íntima del Sr. Caillaux, escrita en 1901, y dirigida, según unos, a su actual esposa, y según otros, a la que

La reproducción de esta carta se publicaba en *Le Figaro* del día 13 y tres días después, a las seis de la tarde, presentábase en la redacción de aquel periódico una dama elegante solicitando ver al director, Sr. Calmette. Cuando llegó éste, al cabo de una hora, la desconocida le hizo pasar su tarjeta; Calmette, al leer el nombre de Madama Joseph Caillaux salió a la antecámara e hizo entrar a la dama en su despacho y, apenas entró él detrás de aquella, la señora de Caillaux sacó un revólver que llevaba escondido en el manguito y disparó seis tiros contra el director del diario, que cayó al suelo sin sentido. Al oír los dis-

BADALONA. - HOMENAJE AL EMINENTE ACTOR ENRIQUE BORRÁS



Enrique Borrás (x), acompañado del alcalde de Badalona y de los dramaturgos Roura y Guimerá en el acto de descubrir la lápida que da su nombre a una de las calles de aquella ciudad. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

La ciudad de Badalona ha querido honrar a su hijo ilustre, el eminente actor Enrique Borrás, con un homenaje que se celebró el día 22 de este mes y al que se asociaron gran número de autores y artistas.

Por la mañana, reunidos en las Casas Consistoriales el Ayuntamiento y demás autoridades locales y los invitados que habían acudido de Barcelona, procedióse a la solemne entrega a Borrás de un artístico pergamino, obra de D. Lorenzo Brunet, en el que consta el acuerdo municipal del homenaje, habiendo pronunciado con este motivo el alcalde D. José Casas sentidas frases en honor del gran artista.

Enrique Borrás contestó con un bellissimo discurso en el cual, después de recordar que en el Teatro Zorrilla de aquella población había sentido desperterarse su afición a la escena, dedicó un cariñoso recuerdo al fundidor del mismo, D. Francisco Amigó, y terminó pidiendo al Ayuntamiento que por encima

de todas las discusiones políticas coloque siempre la necesidad de instruir y educar al pueblo.

Seguidamente descubrióse el retrato de Borrás pintado por D. Ricardo Flo que quedará colocado en el salón de sesiones, y luego la comitiva oficial encaminóse a la calle que en lo sucesivo se denominará de Enrique Borrás. Éste, con las autoridades y los invitados, situóse en una tribuna y después que dos sociedades corales hubieron cantado el himno ¡Gloria a España! de Clavé, el alcalde dió cuenta del acuerdo consistorial y descubrió la lápida entre los aplausos de la multitud. Terminado el acto, la comitiva se dirigió al Ayuntamiento, desde uno de cuyos balcones pronunció Borrás un breve discurso de gracias que fué acogido con grandes aclamaciones.

Por la tarde, celebróse en el *Centre Badaloní* un banquete de más de doscientos cubiertos, que presidió el eminente actor, teniendo a sus lados al alcal-

de y al juez municipal de Badalona y a los eximios dramaturgos Angel Guimerá e Ignacio Iglesias. Llegada la hora de los brindis, hablaron el alcalde, el teniente de carabineros Sr. Coello, el teniente de alcalde Sr. Sanmartín y los señores Roure, Iglesias, Brossa, Rodón, Guimerá, Morera, Goula y Piera, y el hijo del reputado escenógrafo Sr. Alarma recitó una poesía. A todos ellos expresó Borrás su gratitud en sentidas y elocuentes frases. Por la tarde, después de una excursión en automóvil al pintoresco sitio denominado la Conrería, Borrás y los demás invitados fueron obsequiados con un te en la Escuela Textil.

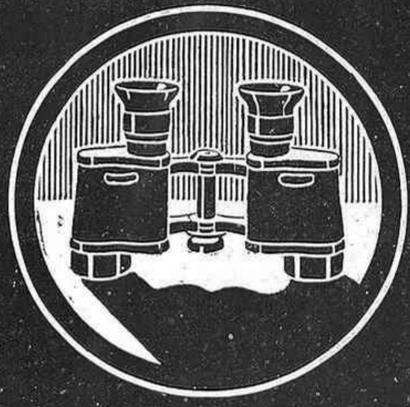
Por la noche, en el teatro del Cine Nuevo, que estaba completamente lleno, interpretó Borrás con su acostumbrada maestría la graciosa pieza en un acto de Camprodón *La tornada den Titó*; un acto de *Els vells*, de Ignacio Iglesias; otro de *El místich*, de Santiago Rusiñol; y otro de *Terra baixa*, de Guimerá.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDES St-Denis, 16

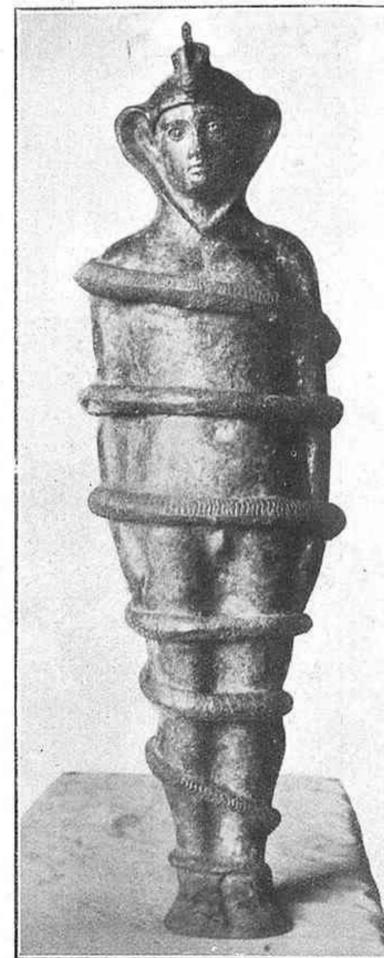
NUEVA REIMPRESION
FABULAS DE ESOP
 traducidas directamente del griego y de las
 versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-
 LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo
 histórico-crítico sobre la fábula, y de noti-
 cias biográficas sobre los citados autores por
 EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en
 un tomo, profusamente ilustrado con gra-
 bados intercalados, láminas aparte y encu-
 dernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**HISTORIA GENERAL
 DEL ARTE**
 Arquitectura, Pintura, Escultura,
 Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
 Glíptica, Indumentaria, Tejidos
 Esta obra, cuya edición es una de
 las más lujosas de cuantas ha publi-
 cado nuestra casa editorial, se reco-
 mienda á todos los amantes de las
 Bellas Artes y de las Artes suntuarias,
 tanto por su interesante texto,
 cuanto por su esmeradísima ilustra-
 ción. - Se vende en 8 tomos lujosa-
 mente encuadernados al precio de
 490 pesetas.
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**AVISO A
 LAS SEÑORAS**
**EL ANIOL DE LOS
 JORET HOMOLLE**
 CURA
**LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONS DE LOS
 MENSTRUOS**
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS


ZEISS
GEMELOS
 PARA VIAJE,
 DEPORTE Y CAZA
 PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
 De venta en todos los Establecimientos
 de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
 Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
 París - San Petersburgo - Viena - Tokio

ROMA. - LA ESTATUA DE LA DIOSA SIRIA ATARGATIS RESULTA SER LA DEL DIOS ADAD



Roma. - Pozo del santuario sirio del Janículo en donde se descubrió la estatua que hasta hace poco se creyó que era la diosa Atargatis y que, después de restaurada, ha resultado ser la del dios Adad. - La estatua del dios Adad después de su restauración. (Fots. C. Abenjacar.)

Hace cinco años, la Dirección de las Excavaciones de Roma descubrió en el centro del estanque triangular situado delante del templo sirio del Janículo, un pequeño pozo cegado y cubierto con tres ladrillos sobrepuestos en los bordes que rodeaban la boca del mismo.

En el interior encontróse una estatuilla de bronce de unos 485 milímetros de largo que representaba una mujer joven tendida con los pies hacia Oriente, metida en una especie de vaina que le oprimía la cintura, los brazos y las piernas. Alrededor de ella y con la cabeza apoyada en la suya, una serpiente daba siete vueltas en espiral.

Todos los que seguían con interés los resultados de aquellas excavaciones, regocijaronse al ver así confirmada la existencia, en aquel sitio, de un templo sirio; mas como la estatuilla conservaba entre las espirales de la serpiente grandes incrustaciones de óxido, quedaba la duda acerca del sexo de la misteriosa divinidad.

A consecuencia de la comunicación oficial del descubrimiento, varios arqueólogos ilustres se ocuparon en él para precisar el nombre de la diosa que la estatua representaba. Quien aportó, en aquellas discusiones, mayor erudición logrando que su opinión fuese aceptada por todos

sus colegas, entre ellos el profesor Pasqui, Inspector general de las Excavaciones y autor del descubrimiento, fué el profesor Gaukler, quien en los *Informes de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras* de París sentó de la manera más absoluta que la «estatuilla representaba una divinidad siria, naciente y de formas no desarrolladas todavía, llamada *Atargatis*».

Cuestiones administrativas sobre la compra del terreno del Janículo y el propósito de dejar la estatuilla rodeada de las cáscaras de huevo entre las cuales yacía, hicieron que nada se tocara allí hasta estos últimos tiempos, en que la divinidad, junto con otros objetos hallados, fué llevada al Museo Nacional para ser restaurada y luego expuesta.

Quitóse el óxido de la estatuilla y entonces apareció ésta reluciente y pudo verse que pertenecía al sexo masculino.

No cabe, pues, ninguna duda de que la divinidad representada por aquella estatua es *Adad*, el Júpiter heliopitano, identificado con el Sol. El monstruoso reptil y las cáscaras de huevo representaban, según el culto sirio, la fuerza generatriz.

CARLOS ABENIACAR.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE. El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1919
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

Parque canino de Eisenberg para la cría y el comercio de PERROS DE RAZA
RICHTER Y C.ª, EISENBERG S.-A.
142 Alemania

PROVEEDORES DE PERSONAS DE SUMA DISTINCIÓN, DE OFICIALES, DE ECLESIASTICOS, ETC.

Proporcionan TODA CLASE DE PERROS DE RAZA desde los MÁS GRANDES LADRADORES, de GUÍA y de VIGILANCIA hasta los MÁS PEQUEÑOS FALDEROS. PERROS DE CAZA y de POLICIA. Envío a TODOS LOS PAÍSES y en TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. Garantía de procedencia sana. SERVICIO REAL, HONRADO Y FÁCIL. MAGNÍFICO ALBUM con ilustraciones y descripción de las razas con lista de precios. Pesetas 2,15 con abono en la compra. Lista de precios gratis y franco. NUMEROSAS CARTAS DE GRATITUD escritas ESPONTÁNEAMENTE son la mejor prueba de la EXCELENCIA DE NUESTRAS ENTREGAS.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE **ANEMIA**
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Roussseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN